

ANGEL TORRES

Gran Fábrica de Conservas

САЛАНОРРА (Logroño)

(Marca Basilio Torres)

Casa afiliada a la «Liga Antimasónica y Antisemita» para la defensa de los intereses católicos.

Esta casa provee de conservas de todas clases a casi todas las Ordenes religiosas establecidas en España, y mensualmente remite la cotización, en precios y clases.

Toda la correspondencia al encargo de la venta

Don Angel Torres

x-rite

colorchecker CLASSIC

mm

Biblioteca Tradicionalista

Vade-Mecum del Jaimista

DIOS
PATRIA
REY



Marzo
1914

A LOS MÁRTIRES
DE LA TRADICIÓN

50
cénts.

Toullot

ANGEL TORRES

Gran Fábrica de Conservas

САЛАНОРРА (Logroño)

==== (Marca Basilio Torres) ====

Casa afiliada a la «Liga Antimasónica y Antisemita» para la defensa de los intereses católicos.

Esta casa provee de conservas de todas clases a casi todas las Ordenes religiosas establecidas en España, y mensualmente remite la cotización, en precios y clases.

Toda la correspondencia
al encargado de la venta

Don Angel Torres



Vade-Mecum del Jaimista

Publicación mensual de propaganda

* * * SUSCRIPCIÓN * * *

Un año 6 ptas.

Por corresposal 6'50 »

Cada volumen 50 cénts.

Atrasado 75 »

:: :: TOMOS ATRASADOS :: ::

Año 1912, encuadernado 6 ptas.

» 1913, » 6 »

Administración y Redacción:

BIBLIOTECA TRADICIONALISTA

Calle de Aragón, 252, pral. :: BARCELONA

R. 3207

R. 1823



A los suscriptores

Primer sorteo trimestral del

VADE-MECUM DEL JAIMISTA

Tendrá lugar el domingo 29 del presente Marzo, a las once de la mañana, en nuestra Redacción, y los números premiados aparecerán en esta misma página en el volumen del mes de Abril.

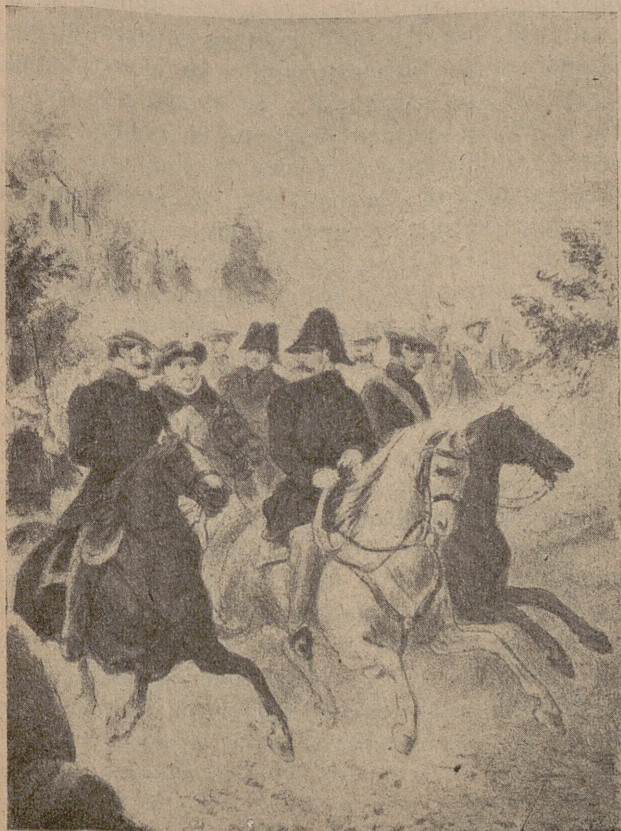
Cada presente volumen de Marzo, lleva estampado el número en la última página de la cubierta, la cual el suscriptor premiado deberá remitir a nuestra Redacción debidamente cortada por la línea de puntos que en ella aparece.

— PREMIOS —

- 1.º Cincuenta pesetas en metálico.
- 2.º Un magnífico reloj de mesa.
- 3.º Colección completa obras de esta Biblioteca.
- 4.º Medalla de plata de Don Jaime.
- 5.º Dos cuadritos al óleo de nuestro Caudillo.
- 6.º VADE-MECUM 1912 encuadernado.
- 7.º Novela «Florangel» encuadernada.
- 8.º Colección de 25 postales carlistas, iluminadas.
- 9.º Obra «Victorias carlistas», encuadernada.
- 10.º Obra «Príncipe heróico», encuadernada.

Véase la última página de la cubierta.





Carlos V en campaña

La biografía completa del primer Monarca de la Dinastía Carlista, el bondadoso Don Carlos V, se encuentra en la obra *Carlistas de Antaño*.

Los mártires

Conmovedora y eficacísima, en todos sus aspectos, es la memorable Fiesta de los Mártires que, al conjuro mágico de su regio corazón, concibió nuestro llorado Carlos VII (q. e. p. d.) al dulce recuerdo de los héroes tradicionalistas que en dos campañas titánicas sucumbieron, unos legando su nombre a la Historia, otros expirando en el olvido, éstos en los campos de batalla, aquéllos en los hospitales y en el destierro «por no faltar a la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante», según expresión augusta. La institución de esta solemnidad hermosa es la más espléndida manifestación de la fe, del honor, del heroísmo, de los más nobles sentimientos que enaltecen a la gran Comunión Católico-Monárquica, ofreciendo un contraste soberano con el grosero materialismo y el servil apocamiento que, como fruto de un liberalismo exótico y despreciable, engargena las arterias de los partidos de un régimen caduco.

Y es que nuestros venerandos Mártires levantaron, con sus hechos gloriosos, cátedra de creencias santas, de resoluciones nobilísimas, de abnegación legendaria y de valor sin límites. Ellos lograron oponerse al desbordado torrente de la impiedad que, de otro modo, hubiera ahogado en cieno las virtudes públicas y privadas de España; ellos, en medio del general naufragio en que parecían hundirse para siempre los seculares cimientos del pueblo español, salvaron las verdaderas *esencias constitucionales* de la Patria, su fe, su dignidad y su ideal monárquico; ellos, regando con su sangre generosa los campos de la nación de los grandes alientos, han mantenido lozana y exuberante la planta del patriotismo, a cuya sombra crecen, se unen y organizan, como falanges de nuevos campeones, las ge-

neraciones nuevas que, providencialmente espoleadas por su ejemplo, se aprestan con nostalgias de luchas a imitarles para salvar el Altar y el Trono de los terribles embates de una próxima demagogia; ellos, en fin, —como dijera el inmortal Fundador de esta fiesta eminentemente nacional y religiosa— «nos han legado una herencia de gloria, que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que con su martirio prepararon.»

*
* *

Recordar los actos imperecederos de cuantos nos precedieron en la defensa de la bandera santa; encomendar al Altísimo sus almas grandes; cantar sus hazañas gigantescas; proponerles como brillante espejo de religiosidad, de patriotismo y lealtad acrisolados, al objeto de imitar su conducta sublime, cuando en el reloj de la Providencia suene la hora suprema de las grandes reivindicaciones nacionales, es deber ineludible para todo buen tradicionalista, que, por modo admirable y maravilloso, se cumple en este día memorable, señalado por un Rey, espejo de caballeros y modelo de soldados.



Símbolo agosto

En una de las galerías del Vaticano se extiende un lienzo: Varios hombres reunidos dirigen sus miradas hacia una no muy distante montaña: sobre la montaña se divisan algunos discípulos como penetrados de un amor inefable, de dulce melancolía y como poseídos de religioso estupor; y descollando sobre el conjunto, se destaca una figura resplandeciente, en cuya faz, circundada por nimbos de oro, parecen reflejarse las divinas claridades, los eternos destellos de la Luz Increada. Es la imagen de Jesús; el cuadro «La transfiguración de Rafael.»

Ante ese cuadro sublime, ante esa incomparable maravilla del Arte, continuamente desfilan muchedumbres de todos los ámbitos del globo.

Asistamos allí con el pensamiento, y presenciemos una escena cien veces repetida dentro de los muros de aquel sagrado recinto.

Entre la multitud innumerable de visitantes, de forasteros y de estudiosos, desfilan ante aquella portentosa creación del Genio, un *filósofo escéptico* y un *artista incrédulo*.

El filósofo ha contraído su semblante, clavando, como en éxtasis, su vista sobre el lienzo; el artista incrédulo, sobrecogido, parece querer penetrar los insondables piélagos de aquella mansión esplendorosa, que entre los brazos extendidos de Jesús, labrada tiene su portada... y sube, sube con su mirada hacia el punto en que parece desvanecerse la mansísima y dulce del Redentor.

Aun se detienen... caen de rodillas... se arrastran... llegan al pie del cuadro... *besan... creen... adoran...*

¿Qué ráfagas de fe, qué oleadas de amor han sen-



Pasa Carlos V el Ebro por Cherta

tido invadir y anegar sus almas, el filósofo de la duda y el artista de la materia?

¡Ah! Ante ellos sólo se extendía un lienzo, sí, y sobre el lienzo, trazos, perfiles, siluetas, perspectivas, desvanecidos, luz, penumbras, sombras y oscuridades, artificios, en suma, producto de vasta materia; pero a través del muerto polvo coloreado y distribuido por el ingenio del autor, latía algo vivo, algo sobrehumano, algo divino, como bajo el vil pedazo de barro de nuestros cuerpos, se agita y vive, elevándose hacia Dios, un alma inmortal que conoce y ama, y que a través de la cárcel miserable en que yace envuelta, presiente la augusta grandeza de su eterno destino.

Y eso han visto, a eso han llegado el filósofo y el artista.

En los breves momentos que han permanecido estacionados ante el cuadro, el filósofo con su discurso, el artista con la intuición, han penetrado los arcanos infinitos, en las excelsitudes de una *Gloria*, donde sólo pudo brotar, para descender e impregnar al mundo, la sagrada inspiración, que, al conjuro mágico de los pinceles de *Rafael*, esculpió con caracteres de fuego, ante el arte asombrado, los divinos resplandores del Tabor.

* * *

También yo quisiera poseer en estos momentos, más que la tosca pluma mía, los pinceles de *Rafael*, y ante la España desorientada y enloquecida, desplegar y extender el cuadro de los *Mártires de la Tradición*, con toda la fuerza de lo que simboliza y encarna; porque yo sé que, ante él, haciendo befa y escarnio, desfilarían muchedumbres indiferentes, abyectas y degeneradas, que ese es el patrimonio de la Verdad y de la Justicia en la tierra; pero todos los hombres de buena voluntad, los que supieran recibir en sus inteligencias

la luz poderosa de la Verdad que nuestros héroes sellaron con su sangre, los que fueran capaces de sentir y albergar en sus corazones toda la grandeza del Ideal que nuestros Mártires defendieron con sus vidas, esos caerían de rodillas ante el cuadro, y arrastrándose, se acercarían hasta besar su orla.

¡Muertos de la Tradición!... Si temerarios hubiérais pagado con vuestra existencia las pretensiones de un hombre, quizás fuérais hoy saludados como valientes; porque defendísteis las indisputables prerrogativas de la Legitimidad monárquica y sellásteis con vuestra sangre los Derechos imprescriptibles de la Patria, os aclamamos héroes, porque dándoos en *testimonio*, salpicásteis al defenderlo el ara santa en que la Hostia se consagra, os bendecimos y os recordamos y os veneramos MÁRTIRES.

Que no por un hombre os sacrificásteis, ni por un interés os ofrecísteis, ni por ninguna dinastía os inmolásteis. ¡No y mil veces no!

Los derechos de los individuos, por más que ciñan sus sienes reales diademas o cubran sus hombros púrpuras imperiales, no son tan sagrados que un siglo de lucha y exterminio no los haya hecho prescribir.

Los derechos de la Patria, los derechos de lo que constituye el nervio y la esencia vital de los pueblos y de las naciones, los derechos de la Religión, esos no prescriben jamás. Y cuando enfrente de una usurpación a más de ilegítima por este título, opuesta e incompatible por virtualidad intrínseca de su naturaleza con todo régimen ordenado y justo, surge y contra ella se levanta la Bandera de la Legitimidad, nunca, jamás, ni en siglos ni en eternidades consolidará el tirano la falsedad de los títulos con que ocupa un solio apoyado por la fuerza.

Pero como pequeño el hombre, así es grande el Ideal.

Sacrificarse en su holocausto, es el *martirio*.

Y el martirio, el triunfo de la vida, resbalando sobre la muerte, en su paso a la *inmortalidad*.

Todo eso sabían los cruzados de la Tradición. Viendo y admirando, en la plenitud de su grandeza, la hermosura de nuestra Bandera, confundieron, por defenderla, con la púrpura de sus franjas, la púrpura de sus venas.

Por eso, repito, ante el cuadro que tanta sublimidad condensara y reflejase, toda conciencia pura, todo corazón generoso, sentiría los efluvios de su soberana belleza, y todo hombre honrado y todo caballero digno, correría a cobijarse bajo los pliegues de la *Bandera Tradicional*.

Pedro Ortiz y Lopez de Alda

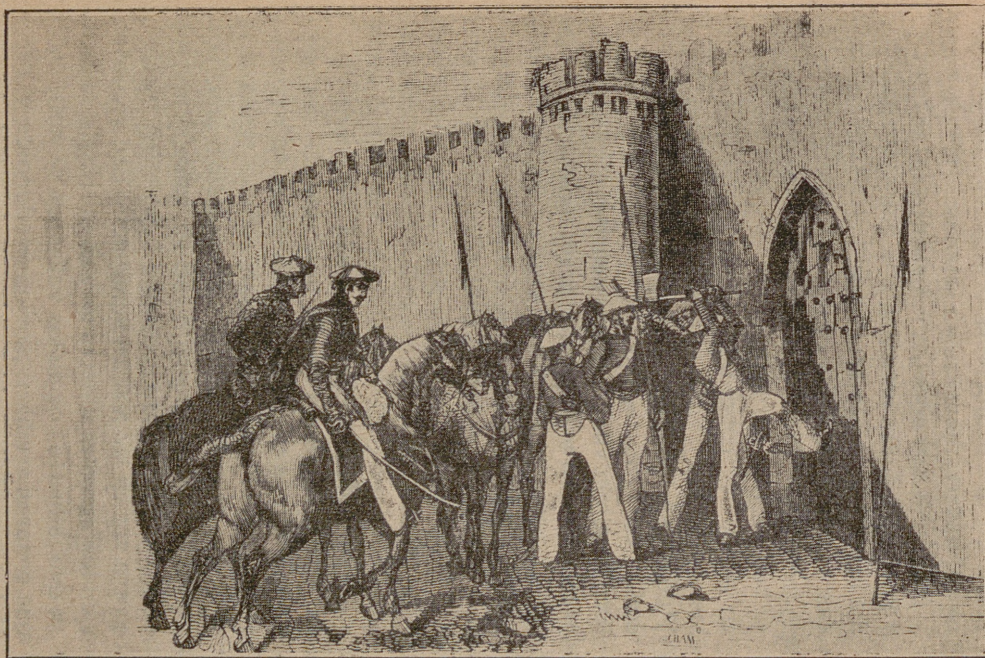


A los mártires

Entre nubes espesas
se ocultó lentamente el sol romano,
brillante, enrojecido,
tal vez avergonzado.

Se apiñaba la inquieta muchedumbre
en las calles y plazas comentando
la terrible noticia, que llenaba
los ánimos de espanto.

Reinó pronto el silencio... interrumpiéndose
por voces de soldados,
que a cumplir acudían presurosos
la orden que dió el tirano
mandando perseguir como a las fieras,
sin tregua ni descanso
a los que profesaran las doctrinas
del Mártir del Calvario.



Entrada de los carlistas en Córdoba .

Si cobardes huían,
sacarlos de los antros
donde diz que de noche se ocultaban
niños, mujeres, jóvenes y ancianos.

Dentro de sus corazas relucientes
y jinetes en ágiles caballos,
iba la soldadesca embravecida
cual torrente furioso y desbordado.

Y al descubrirla, el pueblo que en las plazas
se hallaba ya esperando,
en vez de huir cobarde,
las gentes avanzaron.
Y con gran valentía,
con sincero entusiasmo,
levantando la vista hacia los cielos,
gritaron a una voz: ¡somos cristianos!

.....
Y la sangre corrió... corrió a torrentes
sobre la hermosa capital del Lacio.

.....
Y pasaron los días
y los años pasaron,
y al calor de la sangre derramada
frutos de puro amor fueron brotando,
y triunfante la Cruz hundió al abismo
el poderoso imperio del tirano.

.....
Más tarde otro enemigo escupir quiso
al Signo sacrosanto,
y otra vez en las fértiles llanuras
y en los agrestes montes elevados
se oyó la fuerte voz de los valientes
que gritaron también: ¡somos cristianos!
Y de los nuevos mártires la sangre
bendito riego fué del suelo hispano.

¡Murieron por la Cruz, y en los sepulcros
la Santa Cruz los recibió en sus brazos!
Fructífera semilla fué su sangre,
y donde uno cayó, ciento se alzaron
como tras de las lluvias abrilneas,
que dan salud al campo,
se tapizan de flores los jardines.
en el primer albor del mes de Mayo.

Gerardo Vallejo



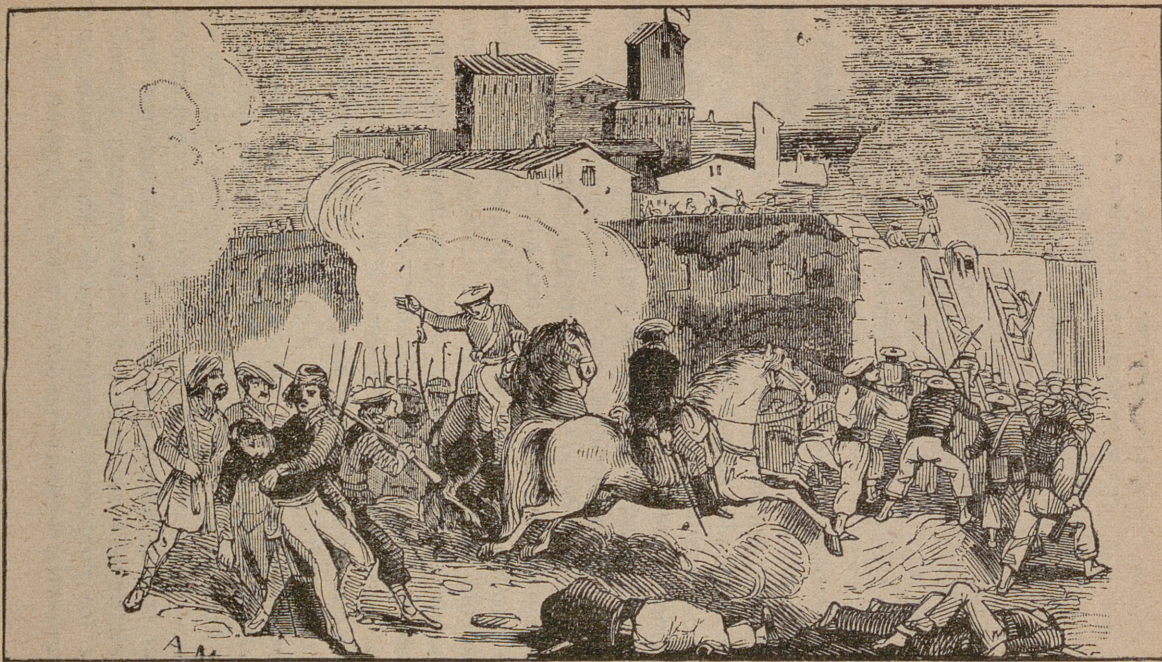
Los Mártires de la Tradición

Una de las pruebas más convincentes de la verdad que profesamos los católicos es la sangre derramada generosa, *libre y alegramente*, por esa pléyade gloriosa de mártires, cuyos nombres venerandos realzan con orla de rubíes la Historia de la Iglesia. Y es así; que morir sonriente y entusiasta en defensa de una Causa, es la demostración más concluyente de la sinceridad y buena fe con que se profesa.

Si en los partidos turnantes hoy en el poder puede observar el espíritu menos reflexivo que para que el desmayo no se enseñoree de sus secuaces, para que el descontento no los divida y la anemia y la consunción no llegue a aniquilarlos, es preciso que no pase media docena de años sin que alternativamente gusten de las delicias del mando y dispongan a su antojo del presupuesto, y hasta los últimos soldados de fila se regalen con las migajas que dejan caer de su mesa los caciques y jefes que se regodean en el gran banquete de la política triunfante; si para que los republicanos no desaparezcan del campo de la lucha pública es menester que cuenten con munificencias e indignas larguezas,

con la adulación de populares e innobles pasiones, con la participación real, si no legítima, en el gobierno de la Nación... además de otras esperanzas que dulcemente les desperezan, avivan y entusiasman...; el partido único excepcional, que años y más años, sin desmayo, sin languidez, con entusiasmo creciente, aislado siempre, pero pujante y brioso, despreciado de los gobernantes, mas con plena conciencia de su potencia viril y de su misión gloriosa, sigue viviendo como víctima perpétua lejos, muy lejos de los convites opíparos que a sus adversarios ofrece la influencia y el favoritismo, descartado de los altos puestos y ricas subvenciones, constantemente luchando por un ideal amado, sin cejar ni desanimarse nunca, cada día más valiente y denodado en su senda de lágrimas, de amarguras y de sangre... no puede humana y lógicamente encontrar la razón última y la causa generatriz de su existencia sin par y de su laboriosa y excelsa vida, sino en el *derecho* indubitable, en la verdad de sus ideales, en la convicción de su legitimidad, en la nobleza divina de su causa, en la gloria tradicional de su bandera, entre cuyos pliegues ve brillar un reflejo de la eterna Belleza que le atrae y le anima, le esfuerza y le vivifica, le sostiene y le entusiasma en su magnífica epopeya.

Por eso, la gran Comuni3n cat3lico-mon3rquica tradicional encuentra hoy en la memoria gloriosa de sus M3rtires, no s3lo celestiales y ricas remembranzas, no ya 3nicamente p3ginas de grandeza enorgullecedora, sino un aguij3n poderoso para seguir la emprendida lucha sin desaliento y con nuevos entusiasmos, lecciones preciosas que debe repetir y practicar, y el timbre preciad3simo, la joya de subidos quilates que brilla en su inmaculada enseña, exclamando con b3licos ardores, al contemplar su pend3n orlado con la sangre de sus her3icos antepasados:



Asalto de los carlistas a Almadén

¡Salve, gloriosa bandera,
en cuyos pliegues la Historia
cantó un himno de victoria
que el mundo jamás oyera!
¡Sangre de mis padres era
la que tus franjas orló;
y porque mi alma heredó
su nobleza y heroísmo,
para adornarle lo mismo...
...mi sangre te ofrezco yo!

«Pesa mucho la losa de una tumba, que mártires encierra», dijo con soberano acierto un pensador del pasado siglo. Pesa sobre nosotros esa losa sacratísima que guarda las reliquias de nuestros Mártires; pero ese peso es justamente el que nos entusiasma, el que nos anima, el que nos fuerza a luchar con heroísmo, a pelear sin tregua, a inmolarnos gustosos por el triunfo de nuestro riquísimo ideal.

En medio de un siglo positivista, entre el egoísmo repugnante que enerva y envejece a la juventud dorada de nuestra época, tal vez somos juzgados locos, bien así como aquel sublime genovés, Cristóbal Colón, que fué ofreciendo a distintos soberanos un mundo, rechazado y proscrito en su odisea por las cortes de Europa; pero constante y fijo entre el oleaje de adversidades que jamás lograron anegar su corazón esforzado y su espíritu gigantesco... Colón, al fin, contrariado y preterido, enfermo y sin recursos, encontró un alma real que supo comprenderle, surcó los mares, descubrió la América y plantó el pendón morado de Castilla en las vírgenes playas de San Salvador. Ese es el modelo del tradicionalista luchador y perseverante que sigue avanzando a través del positivismo grosero, en medio de los modernos Sanchos que le llaman loco, para arrojarles al rostro, en día no lejano, el padrón de su

ignominia y plantar el pendón enrojecido con la sangre de sus Mártires sobre los escombros de estos viejos partidos, y en la cima del montón de cadáveres que formarán en su Patria los mismos que hoy se burlan de sus generosos arrestos.

Ese es el fondo práctico de nuestra fiesta. Las alabanzas a nuestros mártires que no sean fecundas en hechos gloriosos y dignos de su esclarecida memoria, antes nos humilla que nos honran, primero les avergonzarían a ellos que pudieran alegrarles en las mansiones de luz donde sin duda ciñeron la corona que Dios reserva a sus invictos campeones.

¡Juventud Tradicionalista! No degeneres de tan ilustres antepasados. Lucha hasta vencer como ellos lucharon, y si está escrito que como ellos mueras en la noble lid empeñada, sucumbe como ellos con valor y con gloria, envuelta entre los pliegues tres veces santos de tu bandera inmaculada.

Ximénez de Rada



Nuestros mártires

• Muchos de ellos sin cruz y sin sudario,
sin lápida los más para memoria,
yacían, o en el campo de su gloria,
o cubiertos de olvido en un osario.

Recordándolo el Hombre extraordinario
que llevólos un tiempo a la victoria,
engrandece otra vez la patria historia
transformando en Tabor nuestro Calvario.

Y a la sombra gloriosa de su Abuelo
al ver a los que dieron en servicio
suyó la vida, vítores profiere

pasmado el orbe, y profetiza el Cielo:
«Aquí están la virtud y el sacrificio.

¡Feliz, oh Rey, quien por tu causa muere!»

L. C. Viada y Lluch

La España Tradicionalista a los Mártires, sus hijos

*Hijos del alma: ¡Qué feliz me siento!
¿Dónde hay contento semejante al mío?
¡Madre de mártires...! ¿Dónde, decidme,
Hay mayor gloria?*

*Gócense altivas otras contemplando,
Como sembrando liberal cizaña,
Lauros, que ostentan de ignominia el sello,
Logran sus hijos.*

*Sí. Cuando ellas con rubor su frente,
Ante el Potente, que condena el crimen,
Bajen, llorando sus pasados yerros,
Lástima dando;*

*Pura y serena mostraré la mía
Con la alegría de la madre honrada,
Que ve a sus hijos ostentar la hermosa
Palma del mártir.*

*Hijos heróicos: id con esa palma,
Que es de mi alma celestial delicia,
Y ante el sublime Mártir del Calvario,
Vuestro modelo:*

*«Somos—decidle—de la noble España,
Siempre en campaña contra el mal, heraldos.
Pródiga eterna en derramar su sangre,
Sangre bendita;*

*Todos sus hijos al combate envía.
Próximo el día del triunfo, espera
De su constante sacrificio el premio.
¡Gloria a tu nombre!»*

*Hijos del alma: ¡qué feliz me siento!
¿Dónde hay contento semejante al mío?
¡Madre de mártires...! ¿Dónde, decidme,
¿Hay mayor gloria?*

A. Casado

Imitemos su ejemplo

La gloriosa memoria de nuestros mártires no sugiere únicamente en las almas carlistas sentimientos de admiración y respeto, ni hace brotar tan sólo en nuestros labios religiosas e íntimas plegarias que subirán al Trono del Altísimo, como ascienden siempre hacia El las oraciones y súplicas nacidas de corazones profundamente cristianos, saturadas de la sublime y sencilla fe que se desarrolla en los espíritus eminentemente católicos.

El recuerdo de sus épicas hazañas, de su incomparable heroísmo, de su acrisolada lealtad y de su generosa abnegación, fortalece nuestras debilidades y flaquezas, aumenta nuestra fe, consolida nuestra firmeza, inflama nuestros corazones y, finalmente, nos indica la senda que debemos seguir para conquistar el amor, el entusiasmo y la admiración de las generaciones que nos sucederán en el curso de los siglos, pues si imitamos su ejemplo, si seguimos de cerca el camino abierto y sellado con su fructífera sangre, de la misma manera que nosotros veneramos la memoria de nuestros padres y nos enorgullecemos de tener progenitores caldeados en el santo fuego de la Tradición, nuestros hijos venerarán nuestra memoria siempre que sepamos seguir las huellas de los cruzados del siglo XIX, y así se irá perpetuando a través de los tiempos la raza gigantesca de los caballeros hispanos que adoran al Crucificado, veneran a la madre Patria y defienden la Legitimidad.

No sólo asoman a nuestros labios dulces plegarias cuando su adorado recuerdo acude a nuestra memoria, sino que inspira a los oradores tradicionalistas cánticos de alabanza en loor de los que perecieron luchando denodadamente por su Dios, por España y por su R. ..

y palabras de execración hacia los tiranos, hacia los cobardes, los débiles y los traidores y al mismo tiempo frases de esperanza y de consuelo para la desventurada nación española, si los hijos de la Tradición se inspiran en el ejemplo de los mártires que rememramos.

Ni siquiera nuestros poetas, impulsados por tan grandioso espectáculo, asombro y condenación de la debilidad y falsía encarnadas en las modernas sociedades, entonan cantos elegíacos, tristes, monótonos y llorones, sino que, por el contrario, al evocar a los que derraman alegres su sangre en holocausto de la más grande de las Causas, su lira tórñase inconscientemente bélica, guerrera, militar, dando origen a esos bellos himnos que inflaman la ardiente sangre ibérica y despiertan los galvanizados miembros.

¡Benditos sean los mártires! Muchos de ellos, héroes anónimos que ni siquiera menciona la Historia, pasarán de generación en generación amortajados con la bandera tradicional, y aunque sus nombres sean ignorados, siempre será recordada su memoria con entusiasmo y legítimo orgullo por los buenos españoles.

En cambio, los traidores que no supieron resistir los múltiples halagos y comodidades ofrecidas por los corruptores de oficio, eternamente serán reprobados y escarnecidos, y si son nombrados por algunos, su solo nombre es la ejecutoria de su baldón e ignominia. *Que no se necesita el traidor cuando la traición es pasada.*

Sí, imitemos su ejemplo: cuántos más mártires tuvo el Catolicismo, más y más se extendían las doctrinas del Crucificado; cuántos más mártires tenga la Comuñón Católico-Monárquica, reunirá más soldados, porque parece que Dios puso en la sangre de los mártires una gran virtud prolífica para que no desaparecieran rápidamente con los sufrimientos el carácter de los hombres que los padecieron.

Una nación sin mártires por la Madre Patria, es una nación muerta. Estemos todos dispuestos a ser mártires, a *sufrir persecución por la justicia*, y el día de la rendición de España se aproximará a pasos agigantados.

Los grandes y enteros caracteres, los valientes soldados, se forman y acrisolan en las persecuciones, en la adversidad y en la desgracia.

Para aprender a luchar, tenemos que aprender a sufrir.

Imitemos el ejemplo de nuestros mártires.

Martín de Asúa



El mejor sufragio

La vida no es más que un síntoma de la muerte. Después, la eternidad.

El hombre cristiano, que muere en aras de su fé, deja aquí su cuerpo encerrado en sagrada tumba de honor, y su alma se eleva al Cielo, con la palma del mártir.

Eso hicieron nuestros hermanos, cuya fiesta celebramos hoy.

Imitemos sus virtudes.

Es el mejor homenaje que podemos tributar a su memoria.



El general D. José Lerga

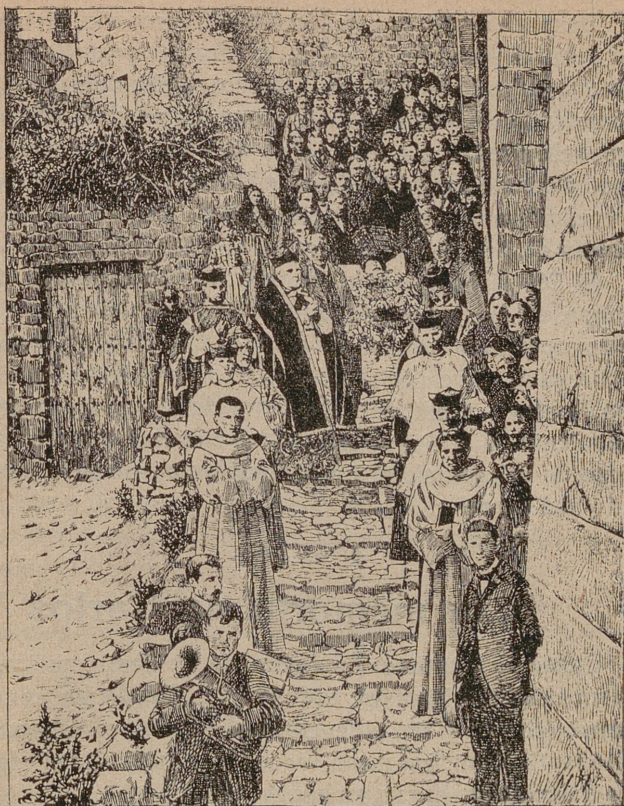
Nació esta gloria del partido carlista y de su patria, Navarra, en la villa de San Martín de Unx, distrito de Tafalla, el año de 1817. A los 16 años, al comenzar la guerra de Carlos V formó parte, de soldado, en uno de los cuadros de batallones a las órdenes del coronel

carlista Eraso, siendo nombrado cuando entró en España Don Carlos para formar parte en la Guardia de alabarderos. Asistió al ataque del puente de Aquijas, y fué destinado por Zumalacárregui de subteniente a su batallón de Guías. Bajó con la expedición de Guergué a Cataluña, donde por la acción de Orgañá fué ascendido a teniente, quedando en aquella región destinado al 2.º cuadro del batallón de Conca de Tremp. Fué herido en el ataque de la villa de Sort. En la acción de Peruttillo donde cayó prisionera toda la columna liberal (unos mil hombres), cayó en sus manos el coronel enemigo: por dicha acción recibió Lerga la cruz de San Fernando de primera clase, y el empleo de capitán por la acción del Bruch contra los portugueses, donde quedó prisionero de los carlistas el batallón de Oporto.

Hecho prisionero, con 500 más, en el pueblo de Casbas (Huesca) al regreso a Navarra, por una emboscada, y próximo a ser puesto en capilla con diez capitanes más para ser fusilado, como el día anterior lo habían sido el general carlista Torres y cinco comandantes, suspendióse la ejecución, y conducido por Jaca a Pamplona, donde permaneció once meses, hasta que fué canjeado y destinado al 12.º batallón de Navarra, con el que salió con Don Carlos para Cataluña, recibiendo una herida en el ataque de Huesca, cuya bala llevó en su cuerpo toda su vida.

Encargado del mando de la compañía de granaderos, volvió a ser herido en la acción de Herrera. (Aragón), donde le dieron el grado de teniente coronel, y vuelto a Navarra, fué nuevamente herido de gravedad en el ataque de Monreal, bajo las órdenes del general Sanz. Cuando la deshecha, emigró a Francia, donde pasó trece años.

En 1872 salió otra vez al campo, teniendo que volver a emigrar.



Entierro del general Lerga

A la entrada de Olo en Navarra se unió a él, siendo agregado al primer batallón de Navarra. En el ataque de Villaro (Vizcaya) fué de nuevo herido y prisionero: por esta acción fué nombrado coronel en 24 de Abril de 1873, siendo destinado, luego de curarse de la herida, por Olo a mandar el 3.º de Navarra.

Después de haber peleado toda la campaña, en lugar de aceptar un destino que se le ofrecía, prefirió el mísero jornal que le daba una terrera trabajando en las carreteras de Navarra, hasta que, imposibilitado por los achaques, fué recogido en su casa y colmado de toda clase de comodidades por el virtuoso y entusiasta correligionario don Clemente Gorri, párroco de San Martín de Unx (Navarra).

El 26 de Mayo de 1892, día de la Ascención del Señor, en que había comulgado, después de comer con buen apetito y tomar café en el Círculo carlista de dicha villa, marchó a la iglesia, a la función de las flores de Mayo, y allí, en un asiento del coro, murió plácidamente en el Señor este héroe caballero, martir insigne de la legitimidad y esforzado defensor de la justicia y del derecho.



A la memoria de Carlos V

Desde el augusto fundador de la fiesta nacional hasta el último jaimista, todos han dedicado frases tan conmovedoras y tan elocuentes al aspecto piadoso de esta institución, que sería verdadera petulancia el aspirar a decir algo nuevo en ese sentido.

Pero nos hallamos en una época positivista, y hay almas devoradas por la fiebre del análisis que no dejarán de preguntarnos: «¿Y cuál es la utilidad práctica de vuestra fiesta? ¿Qué esperanza inmediata aportáis con ella a la Patria? ¿Qué consuelo le dais, fuera de los limbos del idealismo?»

Para responder a esta pregunta, basta evocar la memoria de Carlos V, el protomártir de la legitimidad española, en cuyo honor principalmente se ha instituído, con gran sabiduría, nuestra fiesta, y exponer sucin-

tamente lo que a su héorica iniciativa deben la Religión, la Monarquía y la Patria.

Todo monárquico español, digno de este nombre, debiera el 10 de Marzo volver los ojos a la capilla de la catedral de San Justo, donde descansan los restos de Carlos V, juntos con los de sus tres hijos exclamando:

«Ved, Señor, vuestra obra, y bendecid con nosotros a Dios que la ha mantenido incólume y robusta a través de todo nuestro siglo.

»Por Vos, y sólo por Vos, las energías de la antigua España, con todas sus virtudes y todos sus caracteres caballerescos, han permanecido reunidas en un haz apretado, resistiendo a los embates de la revolución, como el caudal de los grandes rios que entra leguas y leguas más adentro, y mantiene siglos y siglos su curso de aguas saludables para los navegantes, sin que las olas del mar que le combaten logren diluirlo ni amargarlo.

»Por Vos, y sólo por Vos, somos nosotros, los españoles, los privilegiados de nuestra raza. Católicos y monárquicos como nosotros, nuestros hermanos de Italia han llegado en muchas partes a ver en terrible conflicto sus creencias religiosas con sus sentimientos de ciudadanos, teniendo que escoger entre ser perjuros a su fé, o aparecer desleales a su patria. De igual manera nuestros hermanos de Francia han visto en pugna su patriotismo con su ideal monárquico, librándose en sus conciencias batallas dolorosas para que el uno no fuera sacrificado al otro.

»A Vos, Señor, debemos los españoles la insigne merced de que en nuestra patria suceda todo lo contrario, y de que a medida que todo se derrumba y se desploma, permanezca en pié, en medio de las ruínas, una falange gloriosa, compuesta de millones de hijos vuestros, que custodia celosamente el Arca Santa del

derecho, y que con ella salvará, unidos, el Trono y el Altar.

»Vos buscábais sólo el reino de Dios y la justicia, y la Providencia, fiel cumplidora de las promesas divinas, os ha dado por añadidura todo lo que ahora contemplais.

»Ved vuestra estirpe representada en otro Rey que os hizo oráculo de su vida, y mirad en torno suyo las cohortes de españoles dignos de ser súbditos vuestros y aspirando a morir por España, como murieron los que en el cielo os rodean.

»Inmensa es nuestra fuerza; irresistible será nuestra acción cuando llegue la hora suprema. Pero entre tanto, y al considerar que todo es obra vuestra, nos inclinamos reverentes delante de vuestra tumba, y cambiando los términos de las adoraciones vulgares, exclamamos al ver la postración de los que pasajeramente os vencieron, y el glorioso porvenir de los que han de vengaros:

»¡Paz y perdón a los vencedores!

»¡Gloria inmortal a los vencidos!»

M.



¡Dichosos!

Dichosos, sí; dichosos mil veces esos héroes de la legitimidad, cuya memoria se propone honrar ahora con tanta pompa y solemnidad la gran familia jaimista, porque les cupo en suerte la mejor y la más envidiable de las muertes: la muerte por su Religión, por su Patria y por su Rey!

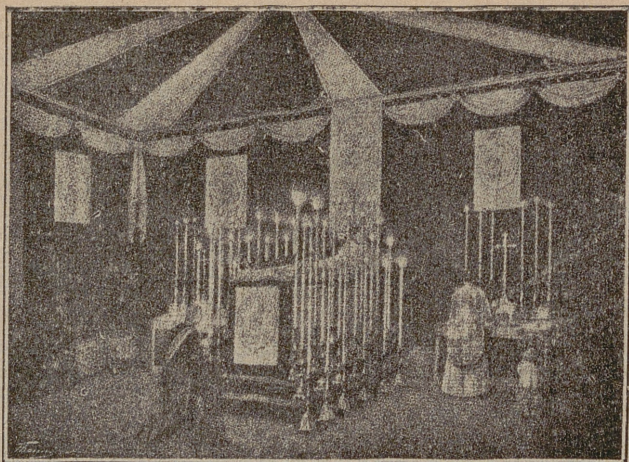
Porque si morir sin violencia alguna, pero cristiana y resignadamente por Dios, es ya un acto heroico, según san Agustín, ¿qué será morir acribillado de balas o traspasado de parte a parte por el hierro o el acero mortífero del enemigo, no ya tan sólo cristiana y resignadamente, sino que también voluntaria y delibera-

damente por Dios o por su Religión sacrosanta, por la Patria y por el Rey? Porque esta es la ventaja que llevaron siempre los defensores del derecho a los defensores de la usurpación: que éstos, defendiendo los intereses de su rey, defendían también los del liberalismo, que son los más contrarios a los de la Religión y a los de la Patria; cuando aquéllos, luchando contra la usurpación, luchaban asimismo contra el liberalismo, y en favor, por consiguiente, de los intereses de la Religión y de la Patria.

Es, pues, una dicha muy grande la dicha de aquellos nobles y valerosos soldados de la legitimidad, porque a estas horas habrá recompensado ya Dios lo que por Dios hicieron, y es sabido que a Dios no le gana nadie en generosidad. También la Patria, la Patria agradecida habrá de cantarles ahora himnos de gloria y evocará sus nombres con alabanza, ¿y qué mejor servicio podía prestarles el señor Duque de Madrid que el que les prestó con la tan sabia y cristiana institución de una fiesta nacional para honrar su memoria y pedir muchas oraciones y sufragios para sus almas, caso de necesitarlas?

¡Dichosos! repetimos, ¡dichosos mil veces, vosotros, mártires insignes de la más justa y de la más santa de las causas, por la cual habeis derramado voluntaria y generosamente vuestra sangre y nos habeis dejado con tal ocasión admirable ejemplo de fidelidad y de caballerosidad cristianas! ¡Qué Dios haya premiado ya con creces vuestra heroicidad en el servicio de la Religión, de la Patria y del Rey, y que sirva esto de estímulo a los que luchan hoy aquí por lo mismo que luchasteis vosotros, y que, como vosotros, no desean sino la mayor gloria de Dios y el bien de esta patria, hoy tan desgraciada!

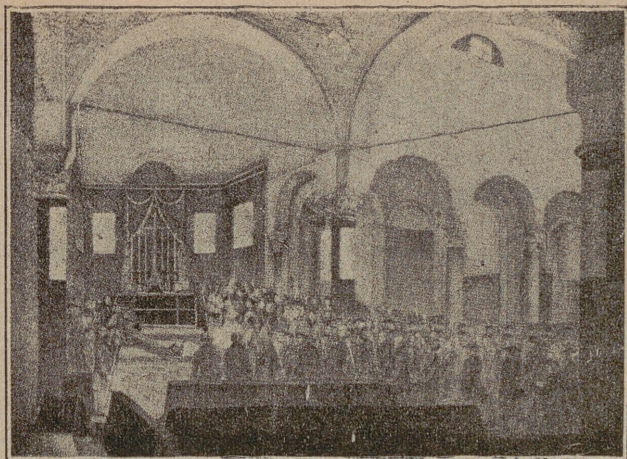
M. U. E.



Capilla ardiente de Carlos V, en el Palacio
de Trieste

El primer mártir

Lo es sin disputa alguna Carlos V. El fué la primera víctima de la Revolución, la más simpática, la más grande, la más noble y generosa. Fiel representante de las grandezas tradicionales de la Patria, viva encarnación de los soberanos ideales que elevaron al pueblo español al pináculo de la gloria, prefirió agotar hasta las heces el cáliz amargo de la proscripción, de la pobreza, de la calumnia, antes que empañar el esplendor de la gloriosa bandera que tremoló con firme mano en los campos de batalla. El procuró santificar su vida, ofreciéndose como modelo a todos, lo mismo cuando en las gradas del trono fundaba y protegía en todo el reino piadosísimas congregaciones católicas, empresa nobilísima en la que se vió secundado eficazmente por su primera augusta Esposa, como cuando en los campos de batalla cubría a su ejército aguerrido con el estandarte de la Dolorosa, como cuando en las soledades



Entierro de Carlos V en la Capilla de San Carlos en la Catedral de Trieste

del destierro maceraba su cuerpo con penitencias de anacoreta por la salvación de su querida España.

Y sin embargo, y por eso mismo, Carlos V era un hombre de Estado, en quien la energía que engendra la convicción del Derecho y el entusiasmo que despierta el ideal de la Justicia, corrían parejas con el profundo conocimiento del carácter y fisonomía propia de su pueblo, principal resorte de la ciencia de gobierno y el no menos difícilísimo de la historia y de los hombres de su tiempo, aunque de momento parezca lo contrario. Desde este punto de vista, no sería difícil encontrar sorprendentes semejanzas entre la gran figura, cuya semblanza bosquejamos, y sus gloriosos progenitores san Luis y san Fernando.

Carlos V fué un santo. Varón de eminentes virtudes cristianas, los preceptos de la Religión fueron la luz que iluminó todos sus actos. Sabía muy bien que el Arca Santa de la Fe es la única que encierra virtud suficiente para asegurar la felicidad de los pueblos.

En honor de los mártires de la tradición

*Con la vista clavada en el cielo
y en su pecho amor a la Ley,
a la muerte se van con anhelo
por su Dios y su Patria y su Rey.*

Los que en torno al Altar sacrosanto
sucumbieron con bravo tesón
bien merecen que España en su canto
les otorgue inmortal galardón.
En los días de luto supieron
de Pelayo las huellas seguir;
y aunque en lucha constante murieron,
cual Cides vencieron
después de morir.

Con la Cruz por escudo, a la guerra
les lanzó valerosos la fe;
que quien sigue a la Cruz en la tierra,
de la tierra el Empíreo ve.
Ni la muerte le infunde pavora,
ni la gloria del mundo ambición;
que en su muerte cristiana fulgura
la gracia futura
de su salvación.

Por las leyes, costumbres y fueros
que conserva la fiel tradición
se tornaron en fuertes guerreros
incapaces de dolo y traición.
Si vertieron la sangre a torrentes
fué una causa tan justa y leal,
que el laurel que corona sus frentes
indica a las gentes
la gloria eternal.

Enrique de Olea

D. Jaime Ortega

Momentos antes de entrar en capilla este tan valeroso cuánto desgraciado general, al despedirse de su fiel Ayudante de campo don Francisco Cavero, le dijo las siguientes notables palabras que revelan toda la grandeza de alma de aquel esclarecido mártir de nuestra santa Causa: *Muero por no hablar, y exijo de tí que si me sobrevives, que no lo creo, nunca digas de nadie si estaba o no comprometido, diciendo siempre que no lo sabes.*

Día llegará en que descorrerá la historia el velo que envuelve aún en el misterio muchos e importantísimos detalles del memorable movimiento carlista que fracasó en San Carlos de la Rápita: por hoy sólo nos proponemos consagrar un recuerdo a la memoria del ilustre general que, si no pudo tremolar victoriosa la bandera de Dios, Patria y Rey, selló con su sangre generosa su lealtad a nuestras gloriosas tradiciones al morir *como cristiano, como valiente y como caballero* (1).

Don Jaime Ortega nació en Tauste (Zaragoza) el año 1816: perteneciente a noble y distinguida familia recibió esmeradísima educación, cimentada en las salvadoras enseñanzas del Catolicismo: al estallar la guerra civil ingresó en clase de cadete en el Colegio militar de Zaragoza: ascendido a oficial fué destinado al ejército del Centro, en el que peleó como bravo, tanto en los campos de batalla, en los cuales ganó el empleo de teniente, como en la misma Zaragoza cuando la entrada del brigadier carlista Cabañero, en cuya jor-

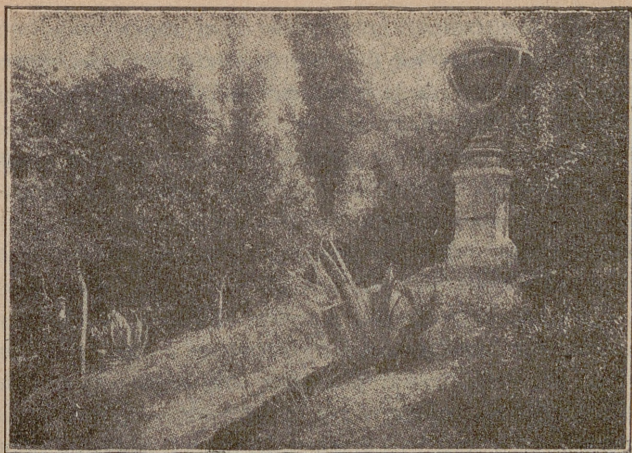
(1) Palabras textuales del escritor liberal don Antonio Pirala en su *Historia contemporánea*.

nada fué de los que más contribuyeron a que fuesen rechazados los nuestros y a que se rindiese el batallón que al mando de don Pascual Aznar (el Cojo de Carriñena) se había encerrado y hecho fuerte en la iglesia de San Pablo. Fué largo tiempo Ayudante de campo del tristemente célebre brigadier Nogueras, de quien recibió la orden para el fusilamiento de la pobre madre de Cabrera, cuya injusta muerte le impresionó tan vivamente que, aunque llevado de su inexperiencia y pocos años, así como de lo fogoso de su carácter, se había significado siempre como uno de los liberales más exaltados, separóse desde aquel día del partido progresista, en el que se había afiliado con todo el entusiasmo propio de su peculiar temperamento.

Siguiendo las vicisitudes de aquella campaña, ganó Ortega con su heroísmo la cruz laureada de San Fernando, además de otras dos cruces de primera clase de la misma Orden, y después de distinguirse muy particularmente en los memorables sitios de Morella, Segura y Castellote, al concluirse la guerra solicitó y obtuvo su retiro por no avenirse con la Regencia de Espartero, a la que combatió enérgicamente como Diputado moderado los años de 1841 al 43.

Por esta época casó con doña Francisca Ballester, de una de las principales familias de Aragón, de cuyo matrimonio tuvo una hija que casó con el conde de San Simón, hermano del Marqués de Reguer, y un hijo que se distinguió como oficial en la guerra de Africa.

Cuando el alzamiento (apellidado nacional) contra Espartero, en 1843, Ortega tomó muy activa parte en él; acudió desde luego a las armas y publicó un violento manifiesto que concitó en su contra las iras de toda la Milicia Nacional de Zaragoza que, amotinada, se reunió delante de su casa en el Coso pidiendo la cabeza de Ortega.



Sitio donde fué fusilado el general Ortega

*
**

Era ya Mariscal de Campo, poco después. La educación eminentemente católica que recibiera Ortega, le hacía aborrecer los principios del liberalismo con tal fuerza, que le impulsó a ser paladín de las gloriosas tradiciones españolas y defensor de los derechos de Don Carlos V. Mucho influyó, sin duda alguna, en tan noble resolución el íntimo afecto y constante roce del General con sus electores de Calatayud, carlistas en inmensa mayoría y cuya heroica abnegación y lealtad no podía menos de impresionar vivamente a un hombre de las condiciones de nuestro héroe, quien al emigrar en 1854 y celebrar numerosas y detenidas conferencias con los emperadores franceses (que en aquella época apoyaban poderosamente nuestros planes) acabó por contraer estrechas relaciones con la familia Real proscripita, y al volver a España vióse al militar joven, ale-

gre y despreocupado convertido en el hombre piadoso, en el político católico dispuesto a defender los sacrosantos principios de la bandera tradicional hasta morir envuelto en sus pliegues.

Nombrado Capitán general de las islas Baleares, vióse Ortega secundado por toda la nobleza mallorquina, al frente de la cual se hallaba el Marqués de la Romana, que tanto se sacrificó toda la vida por la causa de Carlos VI y Carlos VII.

Tratóse de que muchas personalidades militares secundaran el movimiento al frente de voluntarios carlistas, y al efecto fué D. Pablo Morales a Valencia, donde realizó tantos y tan importantes trabajos, que hasta llegó a tener ya preparado el tren real que había de conducir a Madrid a Don Carlos VI, y éste se presentó en la bahía de Palma de Mallorca el día 29 de Marzo de 1860, cuando ya se habían firmado los preliminares de la paz con el Imperio de Marruecos.

Apenas supo el general Ortega la llegada de Carlos VI, a quien acompañaban su hermano el infante don Fernando, el general Elío, el legitimista francés Ailland y el leal D. Antonio Quintanilla, pasó a saludarles e hizo que el vapor francés *L'Huveaune* (en que habían llegado), el español *Jaime II* y el inglés *City of Norwich*, fuesen a Mahón a las órdenes de su ayudante Cavero, con orden de embarcar los batallones provinciales de Lérida y Tarragona y volver seguidamente a Palma de Mallorca, donde trasbordaron Carlos VI y su séquito; y embarcadas también las tropas de dicha capital, hízose el día 1.º de Abril a la mar la expedición, compuesta de 4,000 hombres con 4 cañones y 50 caballos.

En la madrugada del día siguiente, domingo de Ramos, fondearon las expediciones en San Carlos de la Rápita, desembarcando a poco y expidiéndose telegra-

mas a las Juntas carlistas de Madrid, Valencia, Barcelona, Zaragoza y otras capitales para que secundaran el movimiento ya iniciado, siguiendo todos el día 3 a Coll de Creu, donde a poco de dar un descanso el General, presentósele una comisión de oficiales a pedirle explicaciones sobre el objeto de aquella expedición. Mandóles retirar el General, y montando acto seguido a caballo, dirigióse al frente de las tropas que estaban acampadas, con ánimo de castigar el atrevimiento de los citados oficiales; pero en aquel momento llegó la tartana en que Carlos VI y su pequeña comitiva seguían a las fuerzas, accidente casual que en la eventualidad de una colisión sangrienta y un conflicto peligroso para los Príncipes, contuvo a Ortega en su primer arranque al tratar de imponerse a los sediciosos y dió lugar a que éstos se preparasen mientras el General se acercaba a Carlos VI a decirle que siguiesen su camino, que él les alcanzaría con las fuerzas, suspendiéndolo todo entre tanto que se alejó suficientemente la tartana. Cuando ésta estuvo ya a media hora de camino, ordenó el General que formasen las fuerzas para arengarlas; pero apenas empezó a hacerlo, prorrumpió el coronel Rodríguez Vera, que estaba a sus espaldas, en desaforados gritos de ¡Viva la reina y viva la libertad! secundados por unos y contestados por otros con vivas y aclamaciones al general Ortega, promoviéndose un tumulto indescriptible que en distintas circunstancias de las de aquel momento, hubieran producido un grave conflicto; pero la corta distancia a que se hallaba Carlos VI y el seguro peligro que corrían tan preciosas vidas si en la lucha llegaba a sucumbir el General, hicieron que éste acudiese ante todo a la salvación de los Príncipes, y seguido de sus ayudantes Cavero, Moreno y algunos valientes más, marchó a avisar a Carlos VI lo que ocurría para que

tuviese tiempo de salvarse, dispuestos el General y sus oficiales a vender caras sus vidas defendiendo hasta el fin la vida del Rey.

Carlos VI y don Fernando, sin inmutarse lo más mínimo, engrandecidos por la desgracia, serenos y tranquilos ante el peligro que les amenazaba, siguieron con el general Elío y los antiguos jefes carlistas Sanz y Mur a la noble y leal villa de Ulldecona: allí permanecieron ocultos hasta que descubiertos por la Guardia civil y reducidos a prisión el 21 de Abril fueron conducidos a Tortosa, donde se hallaban ya también Elío y Sanz, que habían caído en poder del Somatén levantado en Vinaroz.

El general Ortega con sus ayudantes de campo Cervero y Moreno y dos o tres leales más que no quisieron abandonarle, llegaron el día 5 a Calanda, donde fueron presos por la Guardia civil, que los condujo a Tortosa.

Reunido el día 17 de Abril el Consejo ordinario de guerra, formado de seis capitanes y un brigadier, con un asesor y el fiscal mayor de la plaza, presentóse ante él el general Ortega, con digna serenidad. El defensor don Félix de Wenez hizo una magnífica defensa, protestó enérgicamente de la incompetencia del tribunal y recordó la interesante y sentida exposición que el hijo de Ortega, teniente de caballería, dirigió a Isabel II; exposición que había hecho verter lágrimas a toda la nación. En aquel momento también estuvieron a punto de correr las del desgraciado General, pero se repuso enseguida; al terminar su defensor pidió la palabra, y con voz tan entera como serena, con frases y sentimientos elevados, protestó solemnemente de la incompetencia del Consejo.

Constituido el tribunal a las cuatro de la tarde en sesión secreta, condenó al general Ortega a ser pasa-

do por las armas, cuya sentencia fué aprobada en el acto por el entonces Capitán general de Cataluña don Domingo Dulce, indignando con su conducta, no ya sólo o los carlistas, sino a cuantos abrigan sentimientos honrados; para que nuestro juicio no pueda considerarse hijo de la pasión política, transcribiremos aquí lo que el escritor liberal Sr. Pirala dice en su *Historia contemporánea* acerca de este asunto: «Con la muerte de Ortega respiraron algunos miserables que osaron temer que dicho general fuese delator. Ortega había delinquido, pero no fué juzgado ni sentenciado legalmente; fué aquello un asesinato jurídico y para esta calificación las mismas autoridades suministraron los datos. Capturado por la jurisdicción ordinaria debió ser sentenciado por ella, según ley de 25 de Abril del año 1821 a que hubo de sometersele: reclamó dicha jurisdicción a los ayudantes y cómplices del General capturados en el mismo momento, y se accedió a su entrega, reconociéndose incompetente para procesarlos la jurisdicción militar; luego la condenación de Ortega, que se hallaba en el mismo, en idéntico caso, y sujeto al completo desafuero que según tal ley sufren los culpables a quienes comprende, no puede ser más flagrante transgresión de ley.»

A las ocho de la noche de aquel mismo día 17 de Abril púsose en capilla al general Ortega, quien en tan críticos momentos no desmintió su valor un solo instante: oyó la sentencia de muerte con la mayor sangre fría; al entrar rezó un rato delante del Crucifijo y otro delante de la Virgen; pidió un confesor, hizo testamento, distribuyó los pocos objetos que allí tenía entre su familia y sus amigos, dispuso que su entierro fuese sin pompa alguna, escribió tres cartas a su familia, confesó con el Dr. D. Benito Sanz y Forés (arzobispo que fué de Sevilla); su confesión duró hora y media, saliendo el

citado canónigo absorto de la cristiana resignación y conformidad con la voluntad de Dios que manifestaba el desgraciado Ortega, que decía con la mayor naturalidad, sin afectación alguna: «*Señores, estoy tan tranquilo, siento tanto consuelo en mi alma, que miro la muerte como el mayor beneficio, tanto que ahora el morir no es ya para mí ningún sacrificio. Prefiero esta muerte a cualquier otra que Dios me hubiera reservado; casi la deseo. Para nosotros, los militares, que por lo común vivimos distraídos, no hay muerte como ésta que sea más provechosa para nuestra alma.*» Durmió con la tranquilidad del justo; a las cinco de la mañana se preparó a comulgar, arrodillándose y rezando por espacio de una hora con tanto fervor y recogimiento, que su piadosa actitud edificó y conmovió a cuantos tuvieron ocasión de contemplar en aquellos solemnes momentos a aquel héroe, digno de mejores tiempos; a aquel soldado impetuoso y temerario, a quien hacía tan feliz la idea de morir en gracia, que recibió llorando el sagrado Cuerpo de N. S. Jesucristo; único instante en que surcaron las lágrimas su noble rostro, y que tanto al oír misa, como en los muchos ratos que dedicaba a la oración, lo mismo al hablar con los sacerdotes que le asistían, que al recibir las visitas de sus parientes y amigos o al despedirse de su madre, de su esposa y de sus hijos, hacía llorar a cuantos podían admirar aquella fe católica, firme y verdadera, aquel amor de Dios, aquella humilde y cristiana serenidad con que a la manera de tantos benditos mártires veía acercarse el sacrificio como el más preciado galardón y más legítimo triunfo del católico que lucha por la mayor gloria de Dios.

Poco antes de ir al cuadro se enteró detenidamente del sitio en que iba a ser fusilado; y cuando a las tres menos cuarto de la tarde de aquel día, 18 de Abril, le

dijeron que era ya hora de marchar, oró breves momentos y levantándose dijo: «*Cuando ustedes gusten, señores,*» pero con la mayor amabilidad y sangre fría, se arregló el capote y con paso firme se colocó en medio de la escolta y emprendió la marcha.

Su aspecto siguió siempre natural; al entrar en el cuadro pronunció algunas preces con voz firme y segura y extraordinario fervor; preguntó con naturalidad «¿*Cómo me pongo, señores?*» Se le contestó que de frente, entonces ocupó su puesto y se encomendó a Dios Nuestro Señor al tiempo de arrodillarse delante de las fatales armas, cuya explosión se oyó enseguida, muriendo en el acto el general D. Jaime Ortega.

El noble señor D. Juan de Suelves, padre del actual Marqués de Tamarit, recogió su cadáver, cuidó de darle cristiana sepultura, y respetando su expresa voluntad, escribió por único epitafio JAIME ORTEGA en uno de los ladrillos que cerraban el nicho, adornado hoy con artística y preciosa corona que le dedicó el Círculo Tradicionalista de Tortosa.



Dios, Patria y Rey

Morir por defender de Dios el nombre
elévanos desde la tierra al cielo;
por la Patria morir es rasgo heróico;
dar por el Rey la vida es un portento...
¿Cómo, pues, no admirar a los valientes
que en lid reñida su existencia dieron
por Dios, y por el Rey, y por la Patria,
bandera que enarboló Carlos VII?

Enrique de Ólea

El hijo del camillero

Era el día 25 de Agosto del año de 1875. Entre entusiastas vivas y aclamaciones sonaron los últimos disparos de fusilería, y nuestras fuerzas del Centro se reconcentraron en un extenso caserío junto a Guisona, donde entre bulla y algazara se comentaba con entusiasmo la victoria de nuestras armas.

Alojadas las tropas, procedióse a curar los heridos, mientras se daba a los muertos cristiana sepultura.

Serían sobre las nueve de la noche, y como a un tiro de fusil del caserío, un pobre viejo trabajaba sin descanso en el



fondo de una fosa: terminada ésta, el viejo se arrodilló ante el rígido cadáver de un joven, murmurando tal vez una oración inclinó su cuerpo y le dió el beso postrero; sacó un pañuelo, enjugó su llanto, y a los pocos momentos un cuerpo humano

se desprendió de la tierra buscando su centro de gravedad en el profundo de la sepultura, produciendo un sordo rumor cuyo eco repercutió en las concavidades del hondo barranco.

El triste y acongojado viejo, después de arrojar sobre aquel infortunado el último puñado de tierra, quedó pensativo: así pasaron algunos momentos, cuando se alejó precipitadamente, perdiéndose como una sombra entre las escabrosidades de la sierra. Ante aquel espectáculo quedé tristemente emocionado; pues los encantos de la vida, las ilusiones de la juventud, sus esperanzas, todo fué una ficción ante la realidad de la tumba.

Pasaron algunos minutos y con el corazón apenado regresé al poblado.

Al amanecer del día siguiente, entre la maleza, y a corta distancia del caserío, se encontró el cadáver de un voluntario carlista que frisaba en los sesenta años, conocido vulgarmente por *Lázaro el Camillero*: al verle reconocí al mismo viejo que la noche anterior trabajaba en el fondo de la fosa.

El cadáver que enterró era el de su hijo José Alcaine, que en lucha sangrienta murió heroicamente abrazado a la bandera de su Dios, de su Patria y de su Rey.

J. M.



La herencia de un héroe

(EPISODIO DE LA VICTORIA DE LÁCAR)

I

Era la madrugada del día 1.º de Febrero de 1875, día en que tuvo lugar la gloriosa y memorable batalla de Lácar.

Aún no despuntaba el alba cuando el toque de Diana hizo oír su bélico y vibrante sonido por todo el campamento carlista, situado a una legua escasa del lugar donde debía efectuarse la acción.

Don Carlos, dando ejemplo de madrugador, paseábase a lo largo de su Cuartel Real, discutiendo con el general Mendiya. A su encuentro fueron, para recibir órdenes y trasladarlas a sus respectivos batallones, los brigadieres Cavero,

Pérula, Iturralde y Balluerca. No debían ser muy agradables las reales órdenes, puesto que tanto el general como los brigadieres parecían estar indecisos.

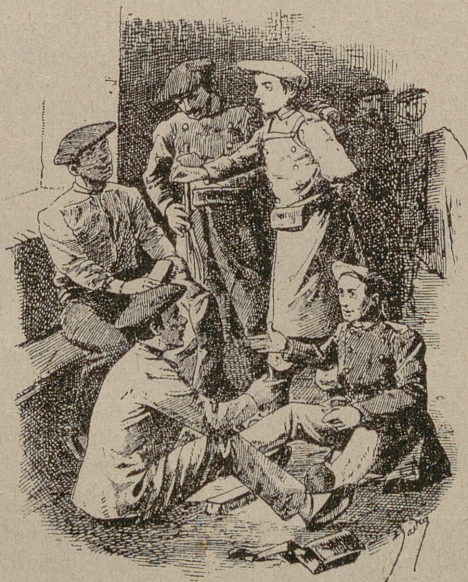
—Señor, decía Mendiry, yo no querría hacerme responsable del éxito de la acción.

—La responsabilidad es mía; id y cumplid las órdenes;— dijo bravamente Don Carlos.

Entre tanto dentro del cuartel todo era movimiento; cada soldado cepillaba su ropa y limpiaba sus armas.

Junto a una ventana entablaba animada conversación un grupo de voluntarios al parecer bisoños.

El más joven de todos, de unos dieciseis años, dirigiéndose a uno que debía acabar de hablar, decía con esa rudeza propia de los montañeses:



—Pues yo intento hacer más: a la primera acción en que entre quiero apoderarme de una bandera enemiga y ofrecerla al Rey como fe de mi bautismo de sangre...

Una estrepitosa carcajada interrumpió al animoso joven, que sin desconcertarse miró con dignidad a sus compañeros y marchóse.

II

Eran escasamente las dos de la tarde cuando del Cuartel Real partió un sonoro y prolongado toque de corneta... Antes de cinco minutos los doce batallones que iban a entrar en fuego estaban convenientemente formados en cuatro columnas, a cuyo frente se encontraban los brigadieres mismos que por la mañana recibieron órdenes del general.

En las filas reinaba un silencio sepulcral, signo evidente de la ansiedad de que eran presa todos los voluntarios, la mayoría bisoños.

De pronto oýese en el extremo de las filas el himno nacional y de nuestros monarcas, la Marcha Real. Todos los oficiales desenvainando a la vez sus relucientes espadas dicen con potente voz de mando:

«¡¡El Rey!! ¡Presenten armas! ¡Vista a la izquierda!»

Todos los voluntarios mirando al sitio indicado rinden humildemente sus armas, los alféreces izan sus banderas, mientras que centenares de voces gritan a un tiempo: «¡¡Viva el R...!!»

Con paso majestuoso Don Carlos a la derecha del general Mendiry se presenta a sus voluntarios, y con breves palabras comunica a la tropa el entusiasmo y el ánimo de que está poseído, y al terminar su corta arenga con un vigoroso grito de «¡¡Santiago y cierra España!!» es interrumpido con un no menos entusiasta «¡¡Viva España por Don Carlos!!»

De pronto, cuando el entusiasmo rayaba en delirio, el toque del clarín hace cesar los clamores.

* Momentos después los carlistas se dirigían a la población que albergaba al Rey de los liberales, sorprendían a sus enemigos, y despues de una completa victoria, desalojando Lácar de alfonsinos, se posesionaban de la plaza.

III

Dos horas más tarde, y no muy lejos del campo de batalla, gemía en el fondo de una zanja un voluntario carlista

que, a pesar de estar cubierto su rostro de palidez cadavérica y apagados sus ojos ya medio cerrados, un buen observador hubiera conocido en él aquel mismo que por la mañana era objeto en el Cuartel general de la burla de sus camaradas.

Estaba el pobre soldado rodeado de cadáveres y en medio de un charco de sangre, cubierto su cuerpo por una bandera medio desgarrada, que daba señales evidentes, por las grandes manchas rojas que en ella se veían, de esconder una profunda herida.

Dos horas aproximadamente hacía que habiendo sido herido gravemente y habiéndose desmayado, había sido arrojado al fondo de la zanja, sin duda por considerarlo muerto, o quizás por haberlo arrollado los liberales en su huida y haber caído allí.

De vez en cuando el pobre moribundo exhalaba un suspiro, y elevando sus ojos al cielo murmuraba una oración.



De pronto abrió los ojos, miró la cima de la zanja y un rayo de alegría transformó su rostro... A lo alto de la misma aparecía un venerable sacerdote, que habiendo ido al cam-

po a auxiliar a los heridos y a rogar por los muertos, hubiera pasado de largo del sitio donde estaba el desfallecido héroe, a no haber sido que éste al oír los pasos gritó con toda la fuerza que permitían sus pulmones:

—¡¡Padre... Padre!!

El sacerdote bajó como pudo al sitio donde estaba el herido, y mientras le reemplazaba el vendaje y cicatrizaba la herida con vendas e instrumentos que llevaba a propósito, daba ánimo al herido, quien procuraba incorporarse, pero volvía a caer más desfallecido que antes.

—Es inútil, Padre,—dijo por fin el voluntario,—voy a morir. Escuchad...

—Dí, hijo, dí,—repuso el sacerdote visiblemente conmovido.

El herido, cada vez con voz más débil, contó al sacerdote la escena de la mañana, de que ya hemos hablado; díjole luego cómo fué herido y cómo se encontraba en aquella zanja.

—¿Cuántos años tienes?—le preguntó el sacerdote.

—Dieciseis,—dijo el voluntario.

—¿Saliste de tu casa y te alistaste a las filas sin el consentimiento de tus padres?

—No, al contrario, mi padre murió en la guerra defendiendo a Don Carlos, mientras que yo padecía el cólera que invadía al pueblo... Mi madre hizo voto de consagrarme al monarca católico y legítimo, si curaba de la enfermedad mortal. Me curé y hace quince días que estaba en filas... hoy ha sido mi bautismo de sangre... mañana ya rezarán por mí...

El moribundo profundamente fatigado hizo una pausa, y luego continuó animosamente:

—Sin embargo, moriré tranquilo bendiciendo a Dios que me ha creado; a la patria en donde he nacido, y al Rey por quien estoy muriendo.

—Tomad,—dijo luego dándole la bandera que le había servido de vendaje,—tomad esta bandera, enseñadla a mis camaradas, dádsela al Rey, y decidle que es el fruto de mi primera y última hazaña.

El herido, a quien había fatigado el hablar, se interrumpió, y sintiéndose desfallecer, dijo con voz apagada:

—¡Padre, me muero... confesadme!

El ministro de Dios se acercó al moribundo, y éste murmuró algunas palabras a su oído.

El sacerdote le dió la absolución y le bendijo mientras el heroico voluntario se dejaba caer en sus brazos, y su alma se elevaba a las regiones de los bienaventurados... Moría sin decir cómo había conquistado la bandera que legaba a Don Carlos, queriendo en su humildad llevarse al sepulcro el relato de su acción valerosa.

IV

Si teneis la dicha, lectores queridos, de visitar un día el Palacio de Loredán, al entrar en el salón de Banderas, fijaos en una que se distingue de las demás por su color rojizo y por sus girones: ésta es la bandera que conquistó un héroe, quien por medio de su confesor la remitió a Carlos VII, que la guardó siempre como una prueba del valor y abnegación de sus voluntarios...

P. Mauri y Ribas



Asesinato del obispo Strauch

En el trascoro de la Santa Iglesia Catedral vigatana, al pié del altar del Crucificado, elevó un ilustre Prelado que rigió aquella Sede un sencillo monumento, en el que fueron trasladados desde Vallirana, en 27 de Noviembre de 1889, los restos preciosos de las ilustres víctimas del liberalismo ilustrísimo Fray Raimundo Strauch, oriundo de Tarragona, y hermano Fray Miguel Quingles. Mide la losa que cierra la sepultura 1'88 metros de largo por 1'20 de ancho, y encima de ella está esculpida una cruz en cuyo centro se destaca el escudo del mártir Prelado de Vich, leyéndose al rededor el siguiente dístico que a raíz de su muerte, en 16 de Abril de 1825, escribió el entonces Nuncio Pontificio en España:

*Sit tibi vita, Strauch, quæ sine fine quies
vitalis moriens dedit in pietate cruorem.*

Oigamos ahora cómo refiere uno de sus biógrafos el horrendo crimen perpetrado por los liberales en tan dignísimo

varón por el solo *delito* de adhesión cordial a la persona del legítimo Monarca:



«Conducido a Barcelona, fué encerrado Su Ilma. en uno de los calabozos de la torre de la Ciudadela, donde se le dejó incomunicado. Pocas esperanzas alimentaba el Cabildo de Vich, bajo el concepto de que esta prisión era una de las tenebrosas maniobras de la atroz política de un partido cuyo carácter distintivo es la violencia; pero cuando advirtió que la revolución, incapaz de esperar los trámites de la ley, empezó a manchar sus bayonetas con las veinticuatro víctimas de los *Tres Robles*, se estremeció por la vida de su venerable Prelado.

»Desgraciadamente no fueron infundados los temores del

Cabildo. Estaba decretado en los inefables consejos de la Providencia que el fanatismo liberal debía coronar la dilatada série de sus horrores con el sacrilego asesinato del Obispo de Vich, y éste consumóse de la manera más alevosa e inícuca, para decirlo en una palabra, más... liberal. Quiso hacer creer a Su Ilma. que se le conducía a Tarragona. Puesto en una tartana llegó a Molins de Rey, en donde convidó a comer en un mesón a los dos oficiales de la partida de tropa que le escoltaba. Habiendo entrado en la parroquia de San Mateo de Vallirana, bajo el pretexto de que los *faciosos* (realistas) disparaban (para cuya farsa se mandó adelantar algunos soldados que lo hiciesen), se le previno que descendiese de la tartana y anduviese por una senda separada del camino principal. Pocos pasos había dado cuando se le fusiló alevosamente junto con el religioso lego que le servía, Fray Miguel Quinglés, natural de Mallorca y profeso del convento de San Francisco de Palma. Consumóse tan horrible crimen entre cuatro y cinco de la tarde del día 16 de Abril de 1825.

»Los cadáveres del Ilmo. Sr. D. Fray Raimundo Strauch y del religioso lego Fray Miguel Quinglés estuvieron sepultados dos días y medio. Para darles sepultura fué menester expresa licencia del jefe político de Cataluña. Los vecinos de Vallirana hicieron guardia día y noche a los cuerpos de los ilustres mártires antes de que fuesen enterrados en el cementerio de aquella parroquia, e impidieron con su caritativo celo que una partida de revolucionarios machacasen las venerables cabezas. El señor Mas y Juliá, dignísimo Alcalde del referido pueblo, colocó una cruz en el sitio en que se consumió el horrendo delito, lo que le mereció la amenaza de que, si no la quitaba, sería fusilado allí mismo. Sirvan estos hechos para formar juicio de la humanidad, clemencia y compasión que constituyen la *filantropía* del Liberalismo.»



La visita

I

Cómo no! Si en su cuerpo bullía la sangre de su padre, muerto en el campo de batalla defendiendo la bandera de Dios, de la Patria y del Rey, si desde muy pequeño sus padres le inculcaron el amor a aquella causa; si, en fin, su sangre hervía por pelear defendiendo la santa bandera de la tradición. ¿Cómo, pues, resistir de ir a luchar entre los compañeros de su padre? No: no podía resistir. Y decidió, en cuanto hallase ocasión, irse a los carlistas,

Sólo un obstáculo a su resolución se opondría: su pobre madre, anciana y achacosa, que tal vez sola muriese de necesidad. Pero ¿no habría almas caritativas en el pueblo que, impulsadas por la compasión, ampararían a su madre? ¿Sería injusta la Providencia para con ella? No era posible. El bondadoso corazón de Pedro y sus religiosos sentimientos no le permitían alimentar tal pensamiento.



Resolvió, pues, marcharse, y se lo comunicó así un día a su madre.

Esta vió con gusto los sanos deseos de su hijo, y lejos

de recriminarle le alentó; en vez de reproches tuvo enhorabuena para el hijo que tan claramente demostraba inclinaciones nada malignas.

Y a la caída de la tarde, cuando el sol ya casi hundido por completo en el ocaso deja al mundo sumido en negras tintas, una madre daba la bendición al hijo de sus entrañas, viéndole, un momento después, partir para la guerra...

II

Dos años han transcurrido, durante los cuales la pobre madre ha tenido muy pocas, aunque tristes, noticias del hijo querido.

En un principio, Pedro vió con gratísima satisfacción realizarse sus ávidos deseos de pelear en las filas carlistas. Pronto su arrojo y valor incomparables, unidos a sus bellas cualidades de hombre honrado, granjeáronle las simpatías de sus superiores, que, en premio a su valor, le distinguieron de sus compañeros colocándole en la bocamanga los galones de cabo. Estos, al poco tiempo fueron sustituidos por los de sargento, recompensa al valor lo mismo que los anteriores.

Pedro estaba orgulloso ostentando en sus mangas aquellas insignias, legítima y muy legalmente ganadas, que le tildaban de valiente.

Estaba, además, en su elemento luchando de continuo, y luchando por la causa tres veces santa.

Se hubiese, pues, considerado Pedro feliz sino hubiera existido en su felicidad un punto negro: el continuo recuerdo de su madre.

Pero la felicidad con frecuencia vése perseguida de la desgracia. La enlutada y fúnebre figura de ésta, sorprendió un día a la Felicidad, cuando, envuelta en sonrosadas y vaporesas gasas, dormía arrullada por ensueños de esperanza risueña...

Cierto día, Pedro, por un descuido involuntario, se alejó un poco de sus compañeros. Quiso reparar la falta, y una justificada avidez, por reunirse a su Batallón, fué causa por la cual se perdiera. Cuanto más andaba iba cada vez alejándose más del sitio a donde él quería dirigirse. Había tomado distinto camino del que debiera seguir.

En vano intentó orientarse; y sólo echó de ver las fatales consecuencias de su imprudencia, cuando se vió rodeado de un compacto grupo de *guiris*.

¡Había caído prisionero!

.....
Dos meses más tarde de lo que acabamos de narrar se hallaba Pedro muy lejos de su querida España. Entre ella y él había la inmensidad del mar. Estaba en Cuba, en esa mortífera tierra empapada en sangre española.

Allí habían llevado a Pedro sus verdugos. Y allí tenía que luchar también: sólo que esta vez la lucha era muy distinta. No le importaba, sin embargo. Al fin y al cabo luchaba por su patria. Pero la lucha de la manigua era el efecto de aquella causa que en la Península existía y que él había contribuido a destruir, luchando en las filas carlistas. La destrucción de la causa era, pues, lo más importante.

Por eso creía Pedro fueran sus brazos más necesarios en la Península, empleados en la destrucción de la causa.

La fe en Dios y la esperanza de volver a España constituyeron un lenitivo, que ejerció mágico alivio en la desgracia de Pedro.

Alejado de su patria, en tierras extrañas donde a nadie conocía; lejos de su madre y sus hermanos (hermanos llamaba a los que con él peleaban por la bandera de la tradición), aislado, en fin, de todo aquello querido, llevaba una vida prosaica y monótona...

Un día vino a poner coto a la desgracia de Pedro un indulto, que una vez acogido a él le fué permitido volver a su querida España.

III

Algo distante del pueblo y en la falda de la montaña se ve una pobre, pero aseada casita. Sus paredes, blancas como el ampo de la nieve, heridas por los rayos del sol, se destacan del fondo obscuro del monte.

Por fuera, la casa es alegre y animada como la vida; por dentro, triste y lúgubre como la muerte.

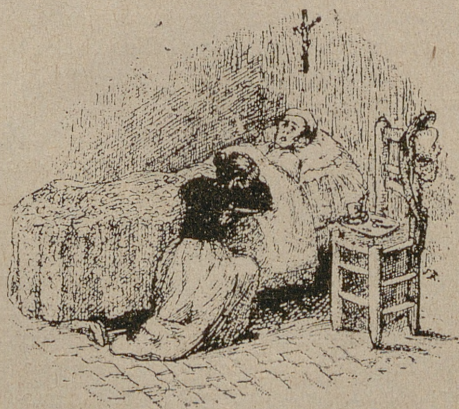
En su interior, la pobreza así como el aseo son manifiestos. En una de las dos piezas de que consta la casa, hay un

catre, y en él un moribundo. Arrodillada a la cabeza del modesto lecho está una anciana.

El moribundo es Pedro; la anciana arrodillada a su cabecera su madre.

Los lastimeros quejidos que el dolor arranca del pecho de Pedro y el llanto de su madre, son los únicos que turban el sepucral silencio que reina en la estancia.

La madre recuerda con dolor aquella tarde en que, después de una ausencia de dos años, ve al hijo de su alma volver al pueblo. Pero ¡cómo vuelve! Cetrino y desencajado el rostro; débiles sus piernas, que apenas si llegan a poder sostenerle; los ojos hundidos y sin brillo; la mirada lánguida y melancólica. Venía el infeliz atacado de esa terrible enfermedad que los médicos denominan con el nombre de tuberculosis, adquirida allá en aquella maligna manigua... ¡Con qué alegría salió todo el pueblo a recibirle! ¡Ah! Pero ¡qué dolor experimentaron todos al contemplarle!... Y luego su enfermedad acentúa y su postración en el lecho se hace necesaria. Y desde entonces no ha vuelto a levantarse. Su existencia se extingue por momentos, como el candil se apaga al faltarle el aceite. ¡Pobre Pedro!...



Esto pensaba la pobre madre cuando un lamento de Pedro la sacó del éxtasis en que se hallaba sumida.

El moribundo miró a la anciana y con voz entrecortada por la fatiga dijo:

—No importa que yo muera, madre; mi muerte y la de mi padre, las ha vengado cumplidamente mi fusil.

Y después de un rato de silencio durante el cual no se oía más que la fatigosa respiración del moribundo, sonó allá a lo lejos una detonación formidable.

Pedro, animado por el ruido de la pelea se incorpora en el lecho y haciendo un supremo esfuerzo exclama:

—Madre, rezad por mí. ¡Viva el R...!

Y sus labios cerráronse para siempre en el momento que dos gruesas lágrimas de dolor caían sobre ellos.

IV

El cierzo azota implacable las elevadas copas de los árboles, haciendo crujir sus ramas casi desprovistas de hojas. Comunicase de árbol en árbol el triste y lúgubre silbido del viento, prolongándose como heraldo de tristezas, hasta perderse allá en el confín del camino, en la soledad de los campos.

La noche está negra como el corazón de un malvado, y fría como el mármol de los sepulcros.

Una imperceptible y penetrante lluvia cae sobre el fangoso suelo del camino. Este conduce al cementerio de la aldea.

Nadie por él acierta a pasar.

Sin embargo, pasados unos momentos, y cuando el reloj de la vecina parroquia está dando las doce, la negra silueta de un sér humano aparece en lo alto del camino.

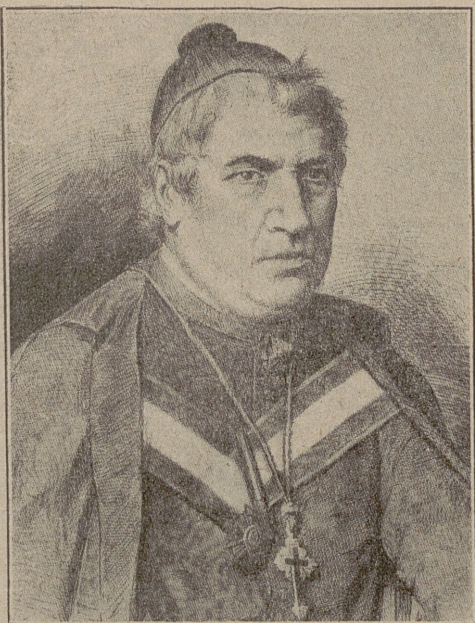
Cualquier honrado y bonachón vecino que hubiera tenido el raro capricho de pasar por allí a aquellas horas, hubiera creído reconocer, en la sombra que lentamente avanzaba, uno de esos seres fantásticos que el vulgo a dado en llamar brujas.

Pero nadie pasaba, y la sombra siguió avanzando con dirección al camposanto.

La lentitud de su marcha hacía creer se tratara de una persona de alguna edad.

En efecto; era una anciana, la que sin arredrarle la frial-

NUESTROS HÉROES Y



D. José Caixal

Obispo de Urgel, Vicario General Castrense de las tropas
carlistas

PENSAMIENTO

Fácil es comprender la razón de la fuerza y de la vitalidad de nuestra Comunión tradicionalista, o católico-monárquica, como sería más propio calificarla. Nuestra causa representa la reacción producida por el desencadenamiento del materialismo en el seno de la sociedad.

Mientras haya fé en España habrá carlistas, en tanto mayor número cuanto el egoísmo positivista vaya invadiéndolo todo.

NUESTROS MUERTOS



El Cardenal Alameda de Brea

Presidente de la JUNTA DE ESTADO de Carlos V
(1837 a 1840)

PENSAMIENTO

El pedir por nuestros héroes, por nuestros gloriosos abnegados difuntos, es la manifestación más hermosa y natural de nuestro espiritualismo. De aquellos ya solo quedan las almas, el espíritu. Los materialistas no pueden honrar ni favorecer a sus prosélitos, porque no consideran en ellos más que el cuerpo, y éste la tierra lo ha absorbido.

dad de la noche, ni la pertinaz lluvia, arrostraba impasible la inclemencia del tiempo, yendo a visitar la morada de los muertos, cumpliendo indudablemente algún deber que ella misma se impusiera.

Un observador curioso hubiese podido ver como todas las noches y a la misma hora próximamente, una mujer envuelta en un raído mantón pasaba por aquel sitio en dirección al cementerio.

La tapia de éste era lo suficientemente baja para que, sin gran trabajo, fuese trepada por un hombre. Pero lo asombroso es que aquella mujer, que hacía nocturnas visitas a aquel lugar, la saltara con pasmosa agilidad, siendo así que ésta había huído de aquel cuerpo cargado de años. Tal vez una voluntad grande, fortaleciera y aléntara a aquel cuerpo achacoso!

Una vez dentro del cementerio, aquella mujer misteriosa se arrodillaba ante una tumba, desprovista de ese lujo que la vanidad mundana coloca en algunos sepulcro, y oraba largo rato.

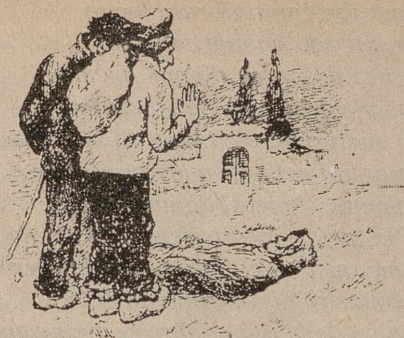
¡Oh impenetrables secretos del corazón humano! Aquella mujer que inmutable y silenciosa camina por sendero tortuoso, que salva la tapia de un camposanto y avanza entre las tumbas de los muertos sin verter una lágrima, se postra ante una de aquellas fosas, y después de orar mucho coloca la faz sobre la húmeda tierra que guarda el cuerpo de un sér muy querido, y llora, llora mucho.

Pero la noche a que nos referimos no se oía llorar. ¡El silbido del aire huracanado era más fuerte que el llanto de una madre!

V

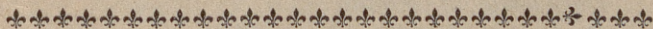
Una cruda mañana del mes de Enero, unos campesinos hallaron a poca distancia del pueblo y sobre un blanquísimo lecho de nieve el rígido y entumecido cadáver de una anciana.

Grande y heróico fué el valor de Pedro, tan bien aprovechado en la causa de Dios, Patria y Rey; pero hermoso y sublime fué también el amor de la madre, que ni las incle-



mencias del tiempo, ni la tapia que diariamente tuviera que salvar, ni aún siquiera el vulgar reparo de andar entre los muertos, constituyó jamás un obstáculo, para que ella dejase de hacer todas las noches la fúnebre visita al hijo de su alma...

Miguel R. Petri



Voz de la tumba

*A mi querido amigo
Antonio de Ledesma*

*¡Adelante, hijo mío, no desmayes!
Muere si es menester, lucha sin miedo,
No reniegues del nombre de tu padre
Pórtate en el combate como bueno.*

*Si la sangre te falta y la osadía
Si te falta el arrojo y el denuedo,
Ven al sepulcro donde estoy rendido,
Ven a esta tumba a respirar mi aliento
Acércate a la Cruz de mi morada
Póstrate de rodillas en el suelo;
Contéplame a través del suelo frío*

Abre tus ojos con ardor de fuego
Y fija tu mirada en mis cenizas.
En el triste descarnado de mis huesos,
Mira las cicatrices, los quebrantos
Que un cuerpo de piedra labró el tiempo
Repara en mi actitud, nada conforme
A la solemne, funeral de un muerto.
Caí en la lucha, me abracé a la espada
Y aun me queda del héroe el gesto fiero
Morí abrazado al pabellón carlista
Y el manto de la párea aun no me ha envuelto
¡Ven a mi tumba, acércate, hijo mío!
Mírame cara a cara, pecho a pecho
Oye mi inspiración, la musa fuerte
Que te hablará con funerario acento
Pero que te dirá cosas sublimes
De este desalentado, pobre viejo
Que pasó por el mundo de los vivos
Para darte un ejemplo
De lealtad, de valor, de sacrificio
Defendiendo la Causa del Derecho.
No dejes de mirarme, vida mía
No apartes tu mirada ni un momento
De este sepulcro frío en que descanso,
De esta tumba sombría donde duermo.
Jura sobre esta Cruz, que amante vela
La augusta calma de mi eterno sueño
Y que es testigo fiel de lo que digo;
Que has de seguir las huellas de este viejo
Que has de saber morir, si es necesario,
Que has de cerrar tus labios con el sello
De un jaimismo sin tacha, de una vida
Consagrado a su culto por entero
Que no has de traicionar tus ideales
Que a tu Dios sentirás tu amor primero

*Que a la Patria darás tu sangre toda
Que tu R... ha de ser Jaime III.*

*Jura antes que te alejes, quiero oírte
Un terrible, solemne juramento
Que me haga estremecer, que me consuele
Mientras vuelvo a dormirme entre el silencio
Y si acaso no cumples tu palabra
Y de horrendo perjurio te haces reo,
Cuenta que ha de caer sobre tu frente
De un golpe misterioso con el peso,
La mano descarnada de tu padre
Que te traerá la maldición de un muerto.*

*Acércate hijo mío, no murmures
Palabras de tristeza, ¡arriba el pecho!
¡Valor! Parece que en tus ojos turbios
De fiereza fulgura un noble gesto.
Empléala en vencer, nunca en venganza,
Sea para el Deber, con el Derecho.
Y ahora tranquilo ya, vuelve a la lucha
Bañado con el aura de mi aliento
No desmayes jamás, cuando te falte
Fuerza en los brazos y en los ojos fuego,
Vuélvete hacia esta tumba solitaria
Llámame por un nombre, el del guerrero,
Y has de ver como un frío misterioso
Se entra por las entrañas de tus huesos,
Y te hace reaccionar, soy yo, hijo mío,
Yo que te inspiro y tu valor enciendo.
¡Lucha, avasalla entonces, vence, muere!
Habrás cumplido entonces como bueno.
Jura que así lo harás y te bendigo
Sino tendrás la maldición de un muerto,*

León Ardo



NUESTROS HÉROES Y



Ilmo. Sr. D. Miguel de Otal

Consejero de Estado de Don Carlos V

A LOS MÁRTIRES

Ninguna idea ¡oh hijos de Pelayo! ninguna idea ha triunfado de la humanidad, sino cuando a la predicación del apóstol ha seguido el sacrificio del mártir. La misma Cruz no venció al Olimpo hasta que su divino Panegirista selló con su sangre hermosísima la Religión del amor y de la libertad.

Para ser santa y ser creída, la nuestra necesitaba vuestra sangre, que generosos ofrecisteis, y copiosa entregasteis, a borbotones saliendo de la brecha abierta por el proyectil traidor en vuestro cuerpo inocente.

NUESTROS MUERTOS



Excmo. Sr. D. Martín L. de Echeverría

Brigadier Carlista

A LOS MÁRTIRES

Sí, sois grandes; reunís toda la heroicidad de Esparta y todo el valor de Cartago, y al bajar al sepulcro no habeis dejado ni un solo poeta con bastante fe cristiana para escribir dignamente vuestro epitafio.

Mientras la hora solemne se acerca vigorosa, yo deposito sobre la tierra que cubre vuestros despojos, no una flor que se marchita, ni un ramo que se agosta, sino una plegaria cristiana que con el aroma del incienso y el valor de la oración, suba hasta el trono del Dios de las justicias, principio del Universo y fin de la humanidad.

A nuestros mártires

Pieles a los ineludibles deberes del corazón y a las cristianas tradiciones, congrégase hoy la familia católico-monárquica en torno del altar y de la losa funeraria debajo de la cual, descansan los venerados restos de los mártires que murieron por su patria. Y allí descubiertos y fija la mirada en la fosa solitaria convertida en sagrado relicario, los jaimistas elevan fervientes oraciones por los que fueron; plegarias que suben confundidas con el humo del incienso a posarse en el trono del Dios de las misericordias.

¡Feliz el pueblo que sabe honrar a sus héroes! Sin ellos las historias de las naciones se asemejarían a flores deshojadas y sin perfumes, y sus páginas blancas, sin aureolas de gloria, no hubieran sido posible escribirlas sin la sangre de los mártires.

Por eso nuestro llorado Carlos VII, insigne mártir de nuestra Causa, creyó, al instituir nuestra fiesta, que de ningún modo se honraba mejor a España, que honrando a los mártires «que desde el principio del siglo xix han perecido a la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales» como así lo comunicó al Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

«El pueblo español no ha nacido ayer,—decía Carlos VII,—viene de antigua estirpe, y como todas las razas nobles, para marchar hacia adelante con paso firme, necesita mirar atrás, recibiendo inspiraciones y ejemplos de los que le formaron». ¡Dichosos vosotros, mártires de la Tradición!

Al evocar hoy en nuestras mentes la grandiosidad de vuestros méritos y virtudes y heroicos sacrificios, brota de nuestros labios el juramento hecho ante Dios, y ante vuestras cenizas de combatir lo que combatísteis

y preferir mil veces la muerte antes que traicionar la sagrada enseña de la santa triología.

No derramásteis en vano vuestra sangre, no, pues ella ha sido la semilla de los nuevos cruzados que ansían verter la suya con la sagrada invocación en los labios de ¡Viva la Religión! ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

J. Palau



El General D. Jaime Ortega

(† EN TORTOSA, 18 ABRIL 1860)

Alta la frente, juvenil, serena
le ví afrontar la postrimer batalla
e impávido acercarse a la muralla
del castillo a sufrir la última pena.

Angustiosa opresión las almas llena
de cuantos forman la movable valla.
¿Qué alma noble de indignación no estalla
ante el oprobio vil de tal condena?

Cae en sangre bañado el cuerpo inerte,
el alma vuela vencedora al cielo,
do la Justicia y las Virtudes moran.

Las logias sólo aplauden esta muerte,
el Ebro gime con profundo duelo,
la antigua España y los creyentes lloran.

Juan B. Altés



Nuestros mártires

¡Mártires de la tradición! Yo os admiro, me asombra
y entusiasmo vuestro valor, vuestra abnegación, vues-

tro sacrificio y cual legítimos descendientes de aquellos esforzados reconquistadores que en secular y porfiada contienda expulsaron de nuestro bendito suelo la anti-cristiana y embrutecida morisma; así vuestra tenacidad heroica, si no pudo—por felonía y traición de algunos, y venalidad de otros—acabar con la *morisma* liberal, y reconquistar la Monarquía de nuestros mayores puso, ciertamente, en jaque, en aguerridos certámenes, los desbordes del maquiavélico liberalismo y cortó los pujos anárquicos de la desarrapada Revolución que anhelaba confundir para siempre, en informe montón de astillas, el altar del Dios de los cristianos y el trono de la realeza de nuestros amores.

¡Héroes del Cristianismo! Yo os saludo, postrado ante vuestras veneradas cenizas—levadura de campeones de Cristo—rezo por vuestra inmortalidad feliz, y recordando vuestra fe ardiente y vuestro insuperado amor a la Patria,—secreto de vuestras proezas,—os pido que en la eternidad de los justos, cuya recompensa conquistó vuestra sangre y vuestra fidelidad, roguéis, sin cesar, al Dios de las batallas para que el Tradicionalismo siempre vivo, siempre disciplinado y siempre dispuesto al holocausto por la religión, constituya, en todo tiempo, las avanzadas de su ejército predilecto; y mientras no suene la hora suprema de las grandes reivindicaciones en que nuestro augusto Caudillo pueda regir los destino de la España católica; sea la Comunión tradicionalista la mole granítica incommovible, contra la cual se estrellen la monstruosa cabeza del cancerbero liberal en su triple aspecto de Revolución, Masonería y Protestantismo.

¡Gloria a los Mártires de la Tradición!

¡Viva eterna su memoria!

Juan Ribó



Propaganda Requetenófila

Folletos a propósito para la propaganda de los

REQUETÉS

y ser repartidos profusamente en APLECHS,
:: :: MITINS y demás actos jaimistas :: ::



Folleto núm. 1

Esbozo del Programa Tradicionalista

Folleto núm. 2

¿Por qué nos llamamos legitimistas?

Precio: Cada folleto 0'05 pesetas

Cien » 2'50 »

Franco de franqueo y certificado



SE VENDEN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

NUESTROS HÉROES Y



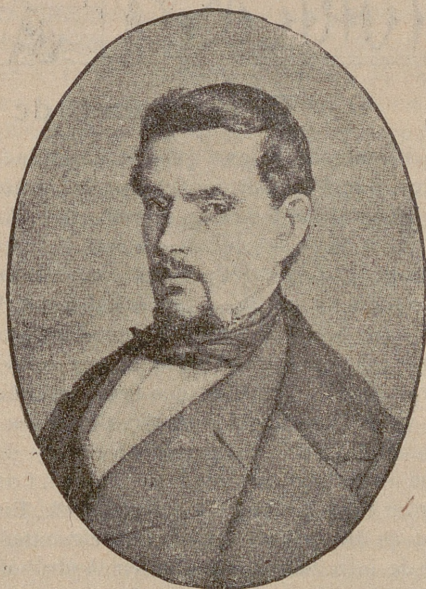
D. Basilio Antonio García

General de varias expediciones carlistas en la primera guerra civil

PENSAMIENTO

La Iglesia católica canoniza a sus mártires, exaltándolos hasta la pública veneración en los altares; la Patria inmortaliza a sus héroes erigiéndoles estatuas y monumentos; y Carlos VII, honrando la grata memoria de los hombres ilustres de la Comunion tradicionalista y de aquellos que derramaron su sangre, prodigaron su ingenio y su valor, y dieron gozosos sus vidas en defensa de la Religión y del Derecho, lógicamente ha de merecer de la Historia los epítetos de buen católico, buen patricio, magnánimo y agradecidísimo.

NUESTROS MUERTOS



Excmo. Sr. D. Marcelino Gonfaus (a) Marsal

Brigadier carlista

PENSAMIENTOS

Morir en los campos de batalla defendiendo la bandera carlista, es vivir en Dios, en la historia de España y en el corazón del Rey.

Mas vale morir en combate que ver el exterminio de nuestra nación y del Santuario (Mach., lib. I, cap. III, v. 59). Bienaventurados los que mueren en las batallas del Señor.

Honar a los mártires de nuestra causa es honrar a España; y este pensamiento, venido de lo alto, lo inunda ya todo con luces fulgurantes.



El Juramento de Anibal

Anibal o Hannibal, famoso general cartaginés, hijo de Amilcar Barca, nació en Cartago el año 247 antes de Jesucristo, y murió en 183 antes de Jesucristo. Este fué el hombre que durante más de veinte años sirvió de espanto a los más famosos vencedores del mundo. Nueve años contaba solamente cuando su padre, a quien había querido seguir a España, le hizo jurar con toda solemnidad sobre el ara de los sacrificios, que conservaría odio eterno a los romanos. A la muerte de Amilcar, que tuvo por sucesor en el mando a su yerno Asdrúbal, Anibal volvió a su patria, en donde permaneció cuatro años; tenía veinte y dos cuando pasó a unirse al ejército cartaginés de España. Los soldados creyeron ver en él su antiguo e idolatrado jefe. En tres campañas sucesivas dió el jóven Anibal tan relevantes muestras de talento y de intrepidez, que al morir Asdrúbal en 219 le fué conferido el mando en jefe por unánime aclamación. Fiel a su juramento el jóven capitán no pensó en otra cosa más que en romper la alianza hecha con los romanos, y con este fin atacó a Sagunto, aliada suya, apoderándose de ella después de ocho meses de terrible y obstinado sitio, y después de haber hecho prodigios de valor lo mismo los sitiados que los sitiadores. En uno de los asaltos el mismo Anibal tuvo que retirarse con el muslo atravesado por una saeta. El sitio de Sagunto fué uno de los más memorables de la historia. Los romanos pidieron a Cartago que se les entregase a Anibal por haber violado su alianza, pero demorando la contestación al fin se declaró la guerra.

Anibal reunió un ejército numeroso y concibió el atrevido proyecto de atacar a los romanos en su país mismo, en Italia. Después de haber asegurado el África y dejado en Es-

paña a su hermano Asdrúbal con un buen ejército, se puso en el año 218 antes de Jesucristo al frente de 50,000 hombres de infantería, 9,000 caballos y 37 elefantes, atravesando los Pirineos para dirigirse al Ródano. Siempre victorioso, llevó a cabo el célebre paso de los montes Apeninos, y penetrando en la Apulia, llenó de consternación a Roma. En valde se presentaban a cerrarle el paso diversos y numerosos cuerpos de tropa que los romanos le oponían temiendo la ruina del Capitolio: Anibal lo arrollaba todo, perseguía los cuerpos dispersos y parecía que muy pronto debía hacerse dueño de la primera ciudad del mundo. La batalla de Canas, en que sus tropas quedaron igualmente victoriosas, le abrió las puertas de Roma. Pero la fortuna no quiso mostrarse más tiempo propicia. El romano Scipion, imitando la táctica de su enemigo, llevó las armas romanas al Africa, y temerosa Cartago de los reveses de la guerra llamó a Anibal en socorro suyo. No tuvo más remedio que abandonar la Italia, después de permanecer en ella diez y seis años, por más que lleno de despecho sentía no tener tiempo para terminar su obra, temeroso de lo que pudiese suceder en su amada patria.

Aquí cambiaba del todo su fortuna. En Africa se le recibía con entusiasmo y se le revestía de altas dignidades, pero bien pronto sus émulos se oponían a cuantas medidas aconsejaba, y deseoso de no servir de estorbo al senado, emigraba refugiándose a Tiro y a Bitinia, pueblos que respiraban funesto odio contra los romanos. Hasta allí le perseguía el rencor de Roma, porque el senado de esta ciudad enviaba emisarios para prenderle y vengar en su persona las enormes y vergonzosas pérdidas que había sufrido, y no sabiendo ya Anibal donde acogerse, anciano y sin el prestigio de sus tiempos de guerra y de conquistas, recurrió a un veneno para escapar de sus implacables enemigos. Dícese que lo llevaba en una sortija, por lo cual se presume fuese el ópio, cultivado desde tiempo inmemorial en las costas de Africa y del Egipto. Así falleció Anibal, cuya vida había respetado la guerra, y contra la que jamás habían conspirado sus soldados. En el mismo año 183 antes de Jesucristo murieron tres grandes hombres: Anibal, Scipion y Filopemenes.



HISTORIAL DEL CARLISMO

ORDEN PARA EL LEVANTAMIENTO

Ginebra 14 de Abril de 1872.

Querido Rada: El momento solemne ha llegado. Los buenos españoles llaman a su legítimo Rey y el Rey no puede desoir los clamores de la patria.

Ordeno y mando que el día 21 del corriente se haga el alzamiento en toda España, al grito de ¡abajo el extranjero! ¡viva España!

Yo estaré de los primeros en el punto del peligro. El que cumpla merecerá bien del Rey y de la Patria; el que no cumpla sufrirá todo el rigor de mi justicia.

Dios te guarde.

CARLOS.

Alocución a los Bilbaínos

Bilbaínos:

Portugalete, el Desierto y Luchana se han rendido, y otros fuertes han sido abandonados.

¿Qué espera Bilbao de su resistencia? ¿Qué espera esa rica y floreciente villa, una de las más industriosas y mercantiles de nuestras costas del Océano?

Si los recuerdos de la guerra de los siete años creéis que os obligan a una resistencia tenaz, como la que hicieron vuestros padres, comparad la diferencia de los tiempos y de las circunstancias. Entonces teniais en vuestro apoyo un ejército de treinta mil hombres en Portugalete; las legiones extranjeras que con toda la influencia de sus Gobiernos os daban Francia, Inglaterra y Portugal. En el trono de España reinando de hecho la hija de D. Fernando VII, que no habiendo llegado aún la hora de los desengaños, podía ser para muchos liberales de buena fe una gran esperanza.

Tenía el país, y en manos del Gobierno poco escrupuloso de Madrid, la riqueza de desamortización, que debía abrirle un ancho crédito en Europa.

¿Cuál es hoy vuestra situación?

En Madrid un Gobierno nacido de un motín, sin crédito y sin bandera, que no cuenta con el apoyo de ninguna nación europea, porqué ninguna lo ha reconocido, y vosotros abandonados a vuestros propios esfuerzos y peleando por lo desconocido.

Mirad los pueblos del M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya, en que entran y salen mis soldados sin causar la menor molestia, sin que nadie haya sido mal tratado o perseguido por sus opiniones de ayer; y si después del cuadro que os ofrecen estos pueblos, vuestros hermanos, quereis seguir resistiendo y convertir Bilbao en ruinas como Portugalete, vuestra será la responsabilidad, y que la sangre que se derrame en Bilbao caiga sobre vuestras conciencias.

Real de Durango, 26 de Enero de 1874.

Vuestro Señor y Rey de las Españas,

CARLOS.

Alocución de S. A. R. el Infante Don Alfonso con motivo de la entrada en Cuenca

Catalanes, aragoneses y valencianos:

Acabáis de ver con mi entrada en Cuenca que no hay murallas ni cañones bastantes para detener el heróico arrojo de los voluntarios del ejército Real, y podéis haberos convencido de que de la misma manera iré apoderándome, uno tras otro, de los pueblos fortificados que intenten oponérseme.

No es mi ánimo, sin embargo, conseguir por la fuerza lo que pueda lograr por la voluntad de los pueblos, y como deseo evitar a éstos las terribles escenas de la guerra, que siempre llevan el luto y desolación a las familias, les invito para que dejen las armas y no intenten resistir a las fuerzas Reales.

En este concepto, vengo en disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Los pueblos fortificados que entreguen las armas al gobierno de la república, y renunciando a resistirse dejen libre entrada a nuestras fuerzas, serán tratados con las mismas consideraciones que los adheridos á la causa de la legitimidad.

Art. 2.º Todo voluntario de la república que deje de serlo y salga de los pueblos fortificados por el enemigo, tendrá libertad para residir donde le convenga, sin ser por nadie molestado.

Art. 3.º Todo el que se presente con su armamento á las autoridades Reales recibirá la cantidad de tres duros y un seguro para residir donde le parezca mejor.

Cuartel general de Chelva, 28 de julio de 1874.—El Infante, general en jefe, ALFONSO DE BORBÓN Y AUSTRIA.

NUESTROS HÉROES Y



Excmo. Sr. D. Juan Cavallería

Brigadier Carlista

POR NUESTROS MÁRTIRES

El rocío del cielo hace que los campos se cubran de flores. El llanto derramado sobre las tumbas de los mártires de la causa de la... es rocío que hará brotar sobre ellas laureles siempre verdes.

Las almas de los cristianos parece suben al cielo entre perfumadas nubes escapadas de las bóvedas del templo: la del guerrero que rinde su vida peleando por su Dios, por su Patria y por su Rey, asciende también a la eterna morada entre nubes de humo arrojadas por los cañones que al mezclarse con las plegarias se convierten en gratisimo incienso.

Rey que con ternura profunda evocó el recuerdo, no sólo de ilustres caudillos, sino de oscuro soldado que murió defendiendo causa santa, podrá siempre contar con millares de almas que le recordarán eternamente.

NUESTROS MUERTOS



Sr. D. Joaquín de Montagut

Coronel de Caballería carlista

POR NUESTROS MÁRTIRES

Así como nadie puede disputarle al Representante de la tradición española la aureola del Derecho que ciñe, afirmada a su frente por una voluntad de hierro, a la par de una educación y carácter propios de la realeza; así tampoco puede nadie, con justicia, desconocer en sus indomables huestes la constancia, el arrojo y el desprecio de la vida en la defensa de un ideal sagrado.

Por aquellas dotes se ha convertido el Duque de Madrid en ídolo de cuantos españoles aman de verdad su patria.



Las repúblicas de América contra la Masonería

Las modernas repúblicas sud-americanas celosas de su propia prosperidad, del desarrollo de sus industrias y del verdadero fomento de su enseñanza, al par que de la tranquilidad de sus habitantes y de la paz de sus conciencias, han declarado guerra sin cuartel a esa maldita secta internacional cuyos prosélitos se esparcen por el mundo entero amenazando, cual nube siniestra, la tranquilidad de los pueblos en su feroz enemiga contra la Iglesia de Cristo.

La República colombiana fué la primera en dar el grito de alerta contra la Masonería, con la reciente organización de su enseñanza y con la serie de actos públicos en poco tiempo celebrados de adhesión completa a la Iglesia Católica, entre los cuales descuella por su magnificencia y esplendor el Congreso Eucarístico, primero que se celebró en aquellos países.

La campaña antimasónica emprendida por Colombia está siendo admirablemente secundada por la República Argentina, una de las más cultas y prósperas de la América del Sur, cuyo Gobierno, que por cierto nada tiene de clerical, ha llegado hasta el punto de negar a la secta masónica la personalidad civil, cuyo reconocimiento solicitaba.

El Gobierno de la República Argentina funda su negativa en las siguientes sólidas y convincentes razones:

«1.º Que no persigue el bien común, sino los intereses egoístas de sus miembros en detrimento del resto de los ciudadanos.

2.º Que es una sociedad de apariencias puramente políticas.

3.º Que sus Estatutos combaten la enzeñanza religiosa, oponiéndose así a la libertad de enseñanza que garantiza la Constitución del Estado.

4.º Que arrebató a sus miembros la libertad y la independencia políticas, obligándolos con amenazas a votar a quien ella ordena.

5.º Que constituye una especie de Estado dentro del Estado o más bien un Gobierno autónomo e independiente.»

Aprenda España este ejemplo de sus hijas las Repúblicas sud-americanas, y saquen oportunamente la consecuencia sus Gobiernos de que mientras aquéllas son cada día más prósperas y felices, aquí la decadencia es cada día mayor.

* * *

No se ha podido todavía llegar a un arreglo en la cuestión de los Balkanes; ténese una guerra entre Turquía o Bulgaria y Grecia, con la amenaza ahora de que Rumanía intervendría en favor de la última.

Tampoco se disipan los temores de que pueda ocurrir un grave conflicto en Albania si el príncipe Guillermo de Wied se decide a ceñirse la corona del flamante reino. No se concibe el empeño que han tenido las grandes potencias en convertir en Estado propio aquel país, fundamentalmente rebelde a toda organización unitaria.

Hoy mismo no hay allí más que cuatro o cinco gobiernos: el de la Comisión internacional, en Escutari, apoyado por las tropas internacionales; el de Kemal-Bey, en Valona; el de Essad Bajá, en Durazzo, apoyado por la Joven Turquía; el de San Juan de Medua, austriaco; el de Alesio, inglés; el de Bassan, independiente; el de Tirana, presidido por un bajá turco. Contra todos ellos, mahometanos, católicos, ortodoxos, tendrá que luchar el protestante Guillermo de Wied, absolutamente desconocido de *malisones* y *mirdites*, si ayer en encarnizada guerra unidos hoy para la independencia del país.

* * *

Con el fastuoso ceremonial de costumbre se ha abierto en el palacio de Westminster la nueva legislatura del Parlamento inglés.

CRÓNICA ESPAÑOLA



El día 8 de este mes el gobierno del señor Dato va a respirar libre y anchamente, al verse capitán de una mayoría de diputados adictos, y el día 22, tendrá también mayoría de senadores.

La actividad del ministro de Gobernación, señor Sanchez Guerra ha sido estos días, y aun continúa siéndolo, asombrosa. ¡Cuanta decapitación de alcaldes y ayuntamientos estos días!

El sufragio universal es una conquista que énorgullece a los liberales; pero aun admitiendo que es una legítima conquista, los abusos de los políticos y gobiernos, las grandes corruptelas que tolera la indiferencia ciudadana son tales, que desvirtúan por completo el espíritu que informa la ley.

Ahora los conservadores que mandan que, por la clasificación de sus ideas, deberían mostrarse respetuosos y exactos cumplidores de lo que dispone la ley, han dado un paso atrás, retro trayéndonos a la época de cualquier desaprensivo Romero Robledo, montando la máquina conforme a sus intereses, sacando representantes del país a su capricho en las localidades en que fácilmente se implanta el voto y atropellando el derecho en los pueblos donde humanamente sea posible.

Este es el grave mal que padece el país pues mientras los diputados y senadores que tengan asiento en las Cortes no sean fiel expresión de la voluntad del pueblo, mandatarios verdad que interpreten su sentir y aspiraciones, no habrá que alentar esperanzas de que mejore la administración y de que se labore por el bien público; pues atenderán solamente a congraciarse con los personajes a cuya influencia deben el cargo, siendo el país el pagano.

Con estos procedimientos se consigue un completo divor-

cio de la opinión y el Parlamento, y es triste que cuando desaparece un organismo legislativo y va a formarse otro, no sólo no se renuncie a vicio tan fundamental sino que se perpetúe y aun se perfeccione. Grave es la responsabilidad que contraen el presidente del Consejo y el ministro de Gobernación que están poniendo en práctica el sistema tan inadmisibile de que «el fin justifica los medios».

*
* *

Una de las «habilidades» más peligrosas de la prensa liberal y de gran circulación es la de crear mitos, inventar fábulas y sostener convencionalismos.

¡Cuántas reputaciones de «doublet» no ha creado esa prensa! ¡Cuántos prestigios! ¡Cuántos falsos valores de re-lumbrón sostenidos como artículos de fé!

La última «creación» de esa prensa es la «pobreza» de Perez Galdós.

Pero ¿quién cree en la pobreza de Galdós?

Seamos ante todo sinceros: que den a don Benito todo el dinero que quieran, pero que no nos hagan comulgar con ruedas de molino... Que le den todo el oro y el moro, si así gustan, los suyos, pero nó el Estado, es decir, todos los españoles (sobre todo si es para que no escriba más), pero sin tapujos, a conciencia, a sabiendas de que no lo necesita, ni va a tener en qué gastarlo en el tiempo que le queda de vida.

Las cosas hay que hacerlas con gallardía, porque resulta sarcástico que se ande por ahí pidiendo una limosnita para un pobre señor que no tiene más que dos magníficas fincas (una en Santander y otra en Madrid) a más de la saneada renta que le producen sus libros y su teatro, más los miles y miles que le han producido y que, si tal vez se han perdido, no ha sido por culpa de los españoles.

La verdad, es muy triste que siempre somos así de incon-cientes y de bobalcicones dispuestos a secundar todos los mi-tos creados por una prensa sectaria que sólo se acuerda de homenajes y suscripciones nacionales cuando se trata de los suyos.

NUESTROS HÉROES Y



Sr. D. Francisco Hernando

Autor de "La Campaña Carlista"

A LOS MÁRTIRES

Escribir un pensamiento sobre los mártires carlistas es un imposible, porque cuando mi memoria recuerda las sublimidades de sus hechos, cuando medito sobre el alcance de sus sacrificios, cuando desfilan ante mis ojos los nombres de aquellos hijos de la fe y soldados de España y apóstoles de la tradición nacional, no acuden a mi inteligencia frases, ni puedo escribir pensamientos, sino rasgos de admiración; ni saben mis labios transcribirlos porque a ellos llega mi alma, pero es para pronunciar una oración.

M. de C.

NUESTROS MUERTOS



Sr. D. Inocencio de Dorronsoro

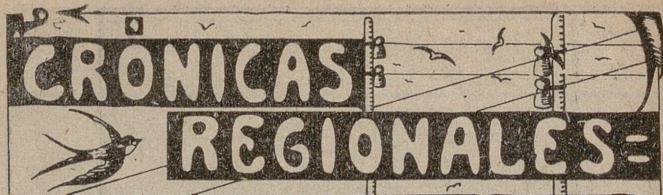
Ayudante de Campo

A LOS MÁRTIRES

Al saludar en este día a los héroes manifiestos y a los humildes que han derramado voluntariamente su sangre por defender una causa que tiene por primer lema Dios, saludamos con veneración a los bienhechores de la patria, los cuales con el sacrificio de su vida han contribuido a la expiación que España debe a Dios por los erámenes que contra El ha cometido la Revolución.

Roguemos, pues, por nuestros hermanos y seamos siempre firmes en el sostén de la verdad, que es lo primero que Dios exige de nosotros.

L. M. C.



CRONICAS REGIONALES

El eximio pianista catalán Santiago Riera, que en el año 1888 obtuvo el primer premio en el Conservatorio de música de París, ha tomado ahora parte en las oposiciones para proveer la plaza de profesor de la clase superior de piano de dicho centro docente, consiguiendo, después de una gran lucha, el número uno, entre las diferentes eminencias que se habían presentado, siendo, por lo tanto, nombrado para desempeñar dicho cargo.

Es posible que Santiago Riera sea el primer músico catalán que ha obtenido en París tan señalado triunfo.

Esto será un nuevo motivo de orgullo para el arte musical de Cataluña, que ha contado siempre con tantos y tan valiosos artistas y compositores.

*
*
*

A ciencia y paciencia del gobierno se está construyendo en Madrid, calle del Noviciado, una gran capilla protestante, y junto a ella dos escuelas protestantes también. Y no se crea que la tal capilla va a ser una habitación cualquiera donde puedan reunirse unas cuantas personas para ejercitar «actos de conciencia y del culto privado que escapan a la competencia del Poder civil», y en donde puedan colocarse «letreros, emblemas, banderas y demás signos exteriores», sino que tendrá todos los caracteres de una iglesia (a juzgar por el ábside y otras formas arquitectónicas del edificio), mostrando con ello que el culto privado protestante se considera público, ya que se permite sea ejercitado en un edificio públicamente presentado como protestante.

Creemos que los electores católicos debieran exigir a los que quieran representarlos en Cortes que les prometan resistir todo intento anticlerical, y que se dispongan a exigir el

más exacto cumplimiento de la ley sobre nueva tolerancia de cultos y sobre enseñanza católica en las escuelas.

*
* *

En el Círculo de Bellas Artes de Valencia dió días pasados una conferencia acerca de problema en las Mancomunidades el señor don Juan Perez Lucía.

Empezó diciendo el conferenciante que, desgraciadamente, en Valencia no hay valencianos, ni espíritu regional, ni instinto patriótico de conservación, como lo demuestra el estado de nuestra ciudad en todos aquellos aspectos, asuntos y órdenes cuya resolución depende del Poder central, que burla constantemente nuestras aspiraciones porque sabe que por nuestra dejadez y apatía no hemos de hacernos fuertes tras la coraza de la razón y del derecho que nos asiste.

Hizo a continuación un estudio de lo que es y significa la Mancomunidad, y expuso sus ventajas y el alcance de sus valores para las provincias mancomunadas, que al valerse de esta fuerza unitiva han de obtener un más amplio beneficio en el desarrollo de su vida local, provincial y regional.

Terminó con una valiente exhortación a la juventud para que cada día más profese el culto del entusiasmo hacia estas ideas y orientaciones que integran la completa regeneración y el definitivo triunfo de la vida netamente valenciana.

Fué el señor Perez Lucía muy aplaudido y felicitado.

*
* *

¿Ya saben los católicos barceloneses, los católico-sociales, que los lerrouxistas, los radicales se han coaligado con las izquierdas para luchar unidos en las próximas elecciones de diputados a Cortes?

Seguramente no les habrá pasado inadvertido el hecho. Es trascendental.

Ambas fracciones, a pesar de las grandes diferencias que les separan, han sabido unirse ante el peligro común de perder unas cuantas actas.

¿No ofrece ello un saludable ejemplo?

¿Quiéren aun mayor motivo los católicos sociales para estrechar lazos, apretar filas y llegar pronto a una acción común?



Ojeada retrospectiva

La guerra del año 34 y la del 48, terminaron, como la del 75, con un negocio, único medio que tienen los liberales de vencer a nuestros valientes soldados.

Al concluir la guerra, los verdaderos carlistas emigraron o se retiraron a sus casas; los que de tales solo tenían el nombre, ingresaron en el ejército isabelino.

El partido, sino anonadado, quedó al menos sin fuerzas para luchar de nuevo; el desaliento se enseñoreó de todos los pechos, la desconfianza reinó en todos los corazones, y no teniendo donde fijar sus miradas, viendo muy lejana una nueva campaña, faltos de representación y sin ningún incidente que reanimara su abatido espíritu, fué enfriándose, lentamente sí, pero enfriándose al cabo, aquel fuego que animaba todas las almas; y del formidable partido carlista, de aquellas masas que dieron millares de bravos y centenares de héroes, solo quedó una sombra sin importancia ni fuerza, de la que los liberales se preocupaban poco o nada, y no es que hubieran desaparecido las convicciones tradicionalistas, ni que éstas tuviesen menos partidarios, ni que éstos fuesen menos decididos que los del 34, no; pero les faltaba algo que llamara diariamente su atención, algo que mantuviera en continua tensión aquel vasto organismo político, algo que fuese la representación de sus ideales, que sintetizara sus aspiraciones, que marcara el rumbo a aquella nave abandonada, que indicase el camino que debían seguir, que marcase la línea de conducta que debían observar, que les animara.

La prensa católica mantenía fija los principios religiosos, y a ella se debe en gran parte la conservación del partido; pero su influencia, a pesar de ser mucha, no bastaba a rea-

nimar aquel cuerpo sumido en letárgico sueño, no era suficiente su voz para despertar aquel sér ni para atravesar la espesa capa de nubes que envolvía el partido.

Cuando se tuvo conocimiento del escandaloso motín de Cádiz, cuando empezó para nuestra patria aquella época de sublevaciones y alborotos ¿qué quedaba del partido carlista? Poco, muy poco: quedaban sí millares de hombres que guardaban viva la fe de sus mayores, miles de católicos que esperaban el momento de poder publicar sus ideas y defenderlas con las armas en la mano si preciso fuese: pero no había ni unión entre los numerosos partidarios de las tradiciones, ni jefes que dirigieran aquellas masas, ni representantes que hicieran valer sus derechos ante el Gobierno constituido, ni nada, en fin, de lo que constituye esas aglomeraciones de hombres entusiastas de la misma idea, que se llama partido político.

Dos años más tarde, vemos alzarse erguido y arrogante aquel cuerpo sin movimiento que los liberales tomaron por cadáver, vemos un partido poderoso, temible y temido, que sin apoyarse en nadie, sin contar con más elementos que los que en sí mismo encontraba, defiende sus derechos, llena de confusión a los gobernantes, promueve mil incidentes desagradables para el Gobierno, ya en las Cortes por medio de sus diputados, ya en las ciudades y campos con su prensa y partidarios; vemos agruparse los carlistas bajo una bandera santa, tremolada por sus jefes; los vemos aprestarse a la lucha, organizarse, combinar sus movimientos, y después al grito de Dios, Patria y Rey, batirse durante cinco años y ponerse en condiciones tales que hubieran vencido a no ser por la traición, medio muy usado por los liberales cuando no pueden vencer de otro modo.

Qué fuerza, qué poder movió a aquellas masas tibias e indiferentes, que apenas prestaban atención a la marcha de la política, que apenas se preocupaban del porvenir de España; quién les impulsó a reclamar con tanta energía sus derechos bárbaramente atropellados? Dos palabras contestan a esta pregunta, palabras que están en todos los labios carlistas: Religión, Cortes del 69.

NUESTROS HÉROES Y



Excmo. Sr. D. Francisco Tadeo Calomarde

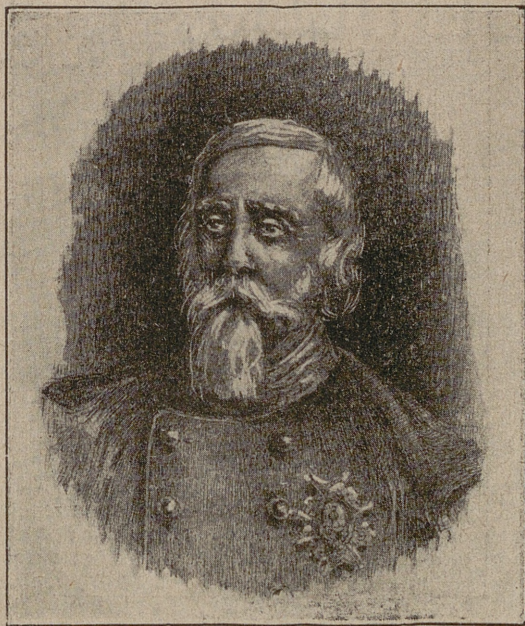
Primer Ministro de Fernando VII, y Agente diplomático de Carlos V en varias Cortes europeas durante la P. G. civil

¡RECUERDO!

Nada más hermoso que el recuerdo de los que por su Dios, por su Patria y por su Rey sucumbieron un día en los campos de batalla o en las tristezas de la miseria y del ostracismo; nada más cristiano que el tributo de admiración y de respeto prestado ahora por los carlistas a aquellas almas ennoblecidas por el heroísmo y el sacrificio.

Que su memoria perdure en el fondo de nuestros corazones!

NUESTROS MUERTOS



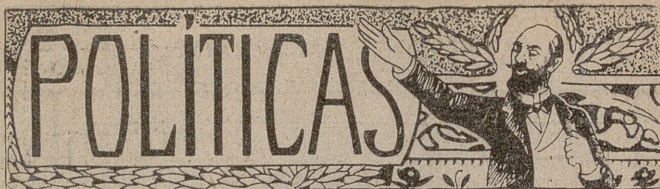
Excmo. Sr. D. Luis Garcia de la Puente

General carlista

Uno de los héroes de las batallas de Huesca y Barbastro

¡RECUERDO!

Al recuerdo de aquellos inmarcesibles laureles conquistados por nuestros voluntarios en los campos de batalla que en tiempos no lejanos consiguió organizar la Comunión Tradicionalista y que tantas muestras de su valor dieron en distintas ocasiones haciendo morder el polvo a los sectarios de revoluciones fieras, va unida ciertamente la idea triste y desconsoladora de la mucha sangre de hermanos que se ha derramado como consecuencia del infame Liberalismo que ha deshonrado y empobrecido a nuestra Patria.



El atentado contra Osorio

Los radicales, al salir del mitin maurista celebrado el mes pasado en el teatro Sala Imperio de Barcelona, descerrajaron una docena de tiros a Osorio y Gallardo, hiriendo gravemente al señor Rialp. Fué una emboscada vil, cobarde, cínica, alevosa.

Es admirable la evolución rápida y elástica que los radicales introducen en su lenguaje, de ordinario formidable y truculento y excepcionalmente flexible y comedido hasta la candorosidad. ¿Se han fijado ustedes en la manera cómo califican los radicales el atentado último? Lo llaman una *protesta violenta*, simplemente una *protesta violenta* del pueblo honrado y trabajador.

Según los radicales, el pueblo honrado y trabajador lo forman esos excelentes sujetos que detuvo la policía por entretenerse en protestar a tiros—*violentamente*, ¡claro!—contra unos señores empeñados en ejercer sus derechos de ciudadanos, al expresar públicamente su opinión y su política. En estos momentos el *pueblo honrado y trabajador* está en la cárcel; nos hemos quedado sin pueblo.

Y aceptando que el disparar sus browings unos quince o veinte descamisados, contra un hombre pacífico que ni siquiera les conoce, sea una protesta, nada más que una protesta, ¿qué será, pregunto yo, algo que es mucho menos, por ejemplo: emprenderla a bofetadas con la primera persona decente que ose opinar en contra del *Xich de la Clencha* o del Patalarga? Será una broma inocente del pueblo honrado y trabajador.

Ese pueblo que los radicales quieren hacernos pasar tiene hoja—hoja legítima de Albacete—y no pasa, no pasa... si no es con parejas de la guardia civil. Nos han mixtificado hasta el pueblo, y una protesta del pueblo es un fusilamiento en plena calle, al grito de: *¡viva la libertad!*

¡Las cosazas que se llevan hechas al amparo de este grito, sublime al lanzarlo los héroes libertadores, y cursi, horriblemente cursi en boca de los sátrapas!

Pero felicitémonos de que sólo resultara una víctima en

la *protesta*. El ministro de la Gobernación, que debe saber muy bien a donde pueden llegar estas *protestas*, se ha felicitado del mismo modo, reiterando su confianza al señor Andrade por los servicios que viene prestando a *plena satisfacción del gobierno*.

En efecto, una *protesta* del pueblo honrado y trabajador con sólo un herido grave? Somos como esos cascarrabias que se irritan porque se les pisa un callo. ¡Si no vale la pena, hombre, si no vale la pena!...



El misterio

En torno del silencio del señor Maura giran muchas versiones, muchas hipótesis. Todos queremos explicarnos el por qué el insigne don Antonio no preside el Gobierno. Todos queremos explicarnos el misterio, y no digo problema, pues aquí faltan datos (no juegue algún chistoso con el equívoco), faltan aquellos documentos conocidos, en función de los cuales es dado encontrar la incógnita. Sólo dos hombres los poseen, dos personas; elevadísima y de augusta estirpe la una, y el propio don Antonio la otra. Y esas dos personas no revelarán, no dirán absolutamente nada que pueda esclarecer este asunto.

El misterio sigue siéndolo. El eminente hombre público don Antonio Maura y Montaner no quiere o no puede o no debe intervenir en la gobernación del Estado. Un hombre cuyo talento es indiscutible, cuya elocuencia es soberana, cuya integridad moral es de una perfecta transparencia, está, (digamos la palabra cruel) excluido, eliminado. ¿Por qué? Ya volvemos al misterio. ¿Lo está para siempre? Continúa el misterio. ¿Es a gusto de todos, o siquiera de la mejor o de la mayor parte de los españoles? ¡Ah, eso no! Aquí ya no hay misterio. Aquí cabe afirmar que una parte importantísima, calificadísima, de nuestra España, vería con júbilo y aplaudiría sin reservas «un regreso de Elba».

En nuestra España podrían encontrarse precedentes, y creo que no me dejaría por mentiroso aquel gran varón, ejemplar de virtudes, de prudencia y de grandeza de alma, que se llamó el cardenal Cisneros. Por lo que se refiere al señor Maura, lo dicho: resignémonos a tropezar en el misterio.



El Rosario en familia

Nací en una granja,
criéme en el campo:
con la gente que reza y que vive
del santo trabajo.
Los dos seres que vida me dieron
murieron temprano,
y mi padre me dijo al morirse.
—Hijo mío, en el llar hay un clavo,
del que pende un tesoro bendito...
ve, búscaló y tráelo...—
Fuí, busqué y remiré, y a mi padre
sólo pude alargarle... un Rosario.
—¡Es él—dijo al verlo—
mi tesoro santo,
la herencia bendita
que te deajo, que a mi me dejaron!
Tu abuelo y mi padre
tuvo callos de puro rezarlo,
y tu madre con él en el cuello
se fué al camposanto;
yo quitéselo allí, y ahora muero
gustoso besándolo.
Bienes de la tierra,
hijo mío, no puedo dejártelos;
pero en este Rosario te deajo
los tesoros de un padre cristiano.
Para tí que no sabes de letra
es un gran catecismo el Rosario,
y en los días que vayas a misa

buen devocionario,
que sabrás tú leer cuando sepas
mejor meditarlo.

No hay medio más útil
para nunca morir en pecado,
para siempre cumplir los deberes.
para hacerse de todos hermano.

Si más se rezara,
no se vieran ni guerras, ni escándalos,
ni presidios, ni jaulas de infierno...
sino dulces hogares cristianos.
Cuando tomes esposa, hijo mío,
siempre te una con ella este lazo;
y los hijos que el cielo te dijere,
dáles tu por herencia el Rosario.

Con él siendo pobre,
siempre tuve salud y trabajo;
y el pan nuestro que a Dios le pedía
jamás me ha faltado;
mas... ¡ya siento acercarse la Virgen!
Ya me duermo tranquilo en sus brazos!—

Murióse mi padre,
y era entonces yo un pobre muchacho.

Hoy que soy hombre,
y recuerdo los tiempos pasados...
al mirar a mi patria en la horca
y a la Iglesia en el monte Calvario...
—¿Qué será? ¿Qué será?— me pregunto.

Y el pueblo cristiano,
con su muerta piedad me contesta:
—¡Es que poco se reza el Rosario!

Angel de la Granja



NUESTROS HÉROES Y



Excmo. Sr. D. Santiago Villalobos

Brigadier carlista

A NUESTROS SOLDADOS

Salve, mártires gloriosos de nuestra santa Causa; con vosotros contamos en nuestras empresas; fortaleced nuestro corazón, alimentad nuestras esperanzas, inspirad nuestra fe, dadnos alientos como a los héroes de la Reconquista y del 2 de Mayo, que, si como valientes murieron luchando al salvar la Patria, hoy sus nombres escritos están con caracteres de oro en el libro de la Historia.

NUESTROS MUERTOS



Excmo. Sr. D. Juan A. de Zaratiegui

General carlista

A NUESTROS SOLDADOS

Al conmemorar hoy los hechos gloriosos de nuestros soldados, héroes y mártires, celebrando con pios sufragios, veladas necrológicas y extraordinarios de nuestras publicaciones la fiesta del 10 de Marzo instituida por el R..., no queremos ni es nuestro ánimo resucitar odios entre hermanos. Deseamos, sí, derramar una lágrima y depositar una oración sobre las tumbas de los que nos han precedido en el camino del honor y del sacrificio.



El dinero de los buenos que sea para los buenos

Nadie podrá negar, serenamente pensando, que de día en día se acentúan más y más los males y calamidades político-sociales que padecemos, gracias a las tolerancias o complacencias, o por lo menos apatía o indiferencia, de los llamados amigos del orden, de los pacíficos y de los buenos.

Menos mal que los socialistas y radicales de la extrema izquierda, con su constante laborar en pro de la revolución anti-social y atea, van sacando, poco a poco, de su fatal letargo, a los amantes del orden, los cuales, como es natural, se aprestan a la defensa de sus intereses, que son los intereses sociales, los intereses de todos.

La Iglesia católica, y con la Iglesia los ciudadanos honrados, tratan de contrarrestar el malestar social buscando remedios ordenados a esto. Unos fundan Sindicatos, otros dan su dinero para propagar los periódicos buenos; no falta quién se cuida de crear Círculos de obreros católicos Cajas de Ahorro, Economatos, etc.; pero es necesario algo más, aun que no sea nada más que por instinto de conservación. Hace falta que todos los que amamos el orden nos unamos como un solo hombre, a fin de que nuestro dinero no vaya a aumentar los caudales de las arcas socialistas para después fundar Cajas de resistencia y hacer la guerra a la sociedad entera.

Precisa hablar claro, buscar el remedio de los males que padecemos y decir la verdad, pese a quien pese, sin contemplaciones ni miramientos. Sea, pues, este nuestro lema:
El dinero de los buenos que sea para los buenos.

¡Oh, si tal hiciéramos! Si los católicos, si los amigos del orden, si los que tienen el dinero prestaran a las instituciones buenas, a las instituciones católicas, todo su apoyo, esto es, se comprometieran a no dar trabajo nada más que a los maestros y obreros católicos, a los maestros y obreros que no pertenecieran a la Casa del Pueblo, otra cosa sería. No tendrían tantos socios, como actualmente tienen, la referida Casa del Pueblo y las Sociedades de resistencia, sin freno ni conciencia.

No ofrece ningún género de duda que Pablo Iglesias se ha adelantado y ha sacado en pro de sus ideales gran partido, valiéndose de la apatía de los buenos para arrastrar en pos de sí al elemento obrero, que hoy constituye una fuerza social en el funcionamiento y marcha de las sociedades modernas. Increíble parece que un hombre que, según se dice, no contaba, cuando comenzó su obra de propaganda, con ningún título académico, siendo sencillamente un obrero, haya podido llevar a cabo la empresa magna de acaparar para sus fines sociales o antisociales, inmensos núcleos de obreros, los que, sin peligro de error, puede decirse que lo absorben todo y son árbitros y señores de los destinos de los pueblos, sobre todo en las grandes ciudades, en donde paralizan la verdadera vida y ponen trabas a su prosperidad y engrandecimiento.

¿Cómo ha sido esto? ¿Cómo han logrado estas Sociedades disolventes y revolucionarias tal desarrollo y fomento? ¿Habrán sido con el dinero de los que predicán el socialismo, el comunismo y otras sandeces por el estilo? ¿Quién sabe si sus amigos y aliados los republicanos de la extrema izquierda, los radicales, habrán contribuído generosamente con su dinero!

Pero no. Triste es confesarlo. Esas Sociedades revolucionarias y ateas se han formado, se han sostenido y se sostienen, con el dinero de los católicos, de los honrados, de los cándidos, de los apáticos e indiferentes... con el dinero de los buenos.

Gelais



El ministro de Instrucción pública señor Bergamin ha metido completamente la pata izquierdista, lo cual nos ha sorprendido, mucho más después de haberle oído últimamente en Barcelona.

Cuando todavía estaba en la memoria de todos la impugnación valiente que hizo en Abril último, ante el Consejo de Instrucción pública, del dictamen laico sobre la enseñanza del Catecismo en las escuelas, se nos sube ahora a la cátedra del Ateneo para combatir todo lo que antes había votado con el señor Sanz y Escartín, adhiriéndose a lo que entonces sostenían las izquierdas radicales.

He aquí uno de los párrafos pecaminosos de su discurso:

«Que la enseñanza oficial en España ha de ser religiosa, y ha de serlo en armonía con los preceptos que están consignados en la Constitución del Estado... *no significa... no puede significar que se entienda y se considere absolutamente imprescindible la enseñanza de la religión por el mismo maestro que esté encargado del resto de las enseñanzas, y esto no significa, ni puede significar, que se deje de respetar la conciencia individual y la voluntad de los padres, para que la enseñanza religiosa no se reciba más que por aquel que quiera recibirla, porque sea católico apostólico romano.* (Aprobación). *Y digo que no puede encomendarse siempre al maestro la función de educación religiosa, por dos razones: la una, porque yo no encuentro bien definido en la ley el precepto que haga obligatorio para ser maestro en España el profesar la religión católica apostólica romana* (aplausos); en segundo lugar... yo no fiaría la educación religiosa de un hijo mío a aquel maestro de quien tuviera el convencimiento de que no profesaba con fe la religión que había de enseñar, y yo, que entiendo que

la facultad docente para esto, exclusivamente para esto, es facultad potestativa de la Iglesia, considero que ella debe venir en auxilio directo del Estado, y ella debe ser la que realice la función de enseñar la religión en esa parte de nuestras escuelas públicas.»

Esto es, ni más ni menos, que lo que sostenían Labra y Cossío, y lo que combatieron los señores Bergamín y Sanz Escartín varios meses atrás.

No sabemos si el señor Dato dará su visto bueno a las declaraciones de su colega; pero ¿qué duda cabe sino que de inclinarse el señor Dato será hacia la izquierda? Para este viaje, señores conservadores idóneos, no valga la pena de derribar a Romanones. Creíamos haber variado de canes, y sólo se han mudado los collares.

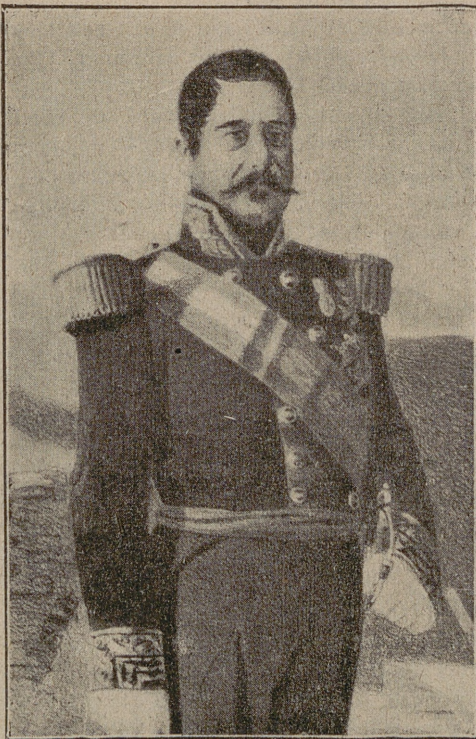
Contra dichas manifestaciones del señor Bergamín han elevado respetuosa pero enérgica protesta al jefe del Gobierno la Junta central de Acción Católica. A ella nos asociamos de corazón.

*
* * *

Cayó Altamira, contra quien con tanta razón se levantó la opinión católica en España, de la Dirección general de Primera enseñanza; cayó del poder el partido liberal; subió a las cumbres el Gobierno conservador y, sin embargo, en el Ministerio de Instrucción pública aun no se ha arriado la bandera de la funesta neutralidad religiosa en la enseñanza, base obligada de la escuela laica, como ésta lo es a la vez de la persecución de la enseñanza cristiana, con leyes penales como las que en Francia llegan a invadir el sagrado de la conciencia de los padres.

No hemos de tolerar ciertamente a los que se llaman conservadores tendencias que hemos condenado en los liberales y por esto, con todas nuestras fuerzas damos hoy el grito de alerta a los que entiendan que en la lucha religiosa por la enseñanza, que en todos los países es el primer baluarte que asalta la revolución, el primer ataque se dirige a transformar la escuela, católica en España por la tradición, los sentimientos y las leyes, en escuela neutra.

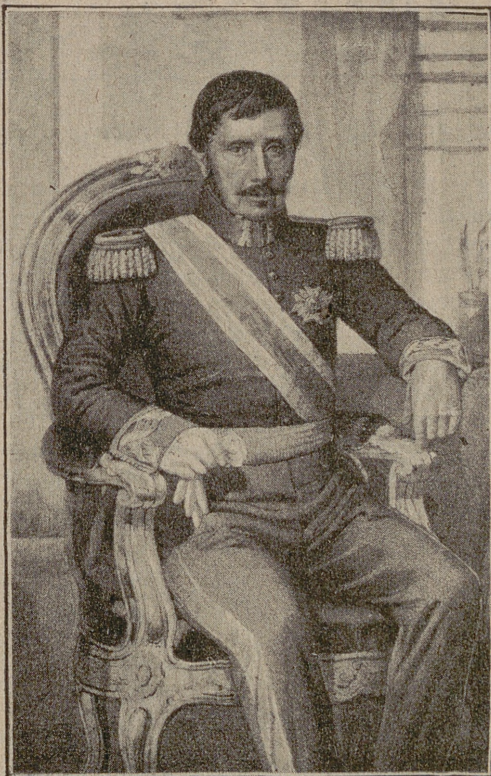
NUESTROS HÉROES Y



Excmo. Sr. D. Fernando de Zabala
General carlista

Héroes ayer luchásteis frente a frente
por Dios y por la patria enardecidos;
Mártires hoy, vuestra oración ferviente
junto al trono de Dios cantais reunidos.

NUESTROS MUERTOS



Excmo. Sr. D. Melchor de Silvestre

General carlista

Orlando vuestra sien eternamente
la corona de justos y escogidos;
dando a la madre España nueva gloria
y llenando los fastos de su historia.



La higiene de las habitaciones rurales

El sol y el aire que reinan casi sin contraste en las aldeas, subsanan las deficiencias del servicio municipal de limpieza, que en muchos pueblos es del todo desconocido. No tienen las aldeas una red de cloacas para sanear el subsuelo; todas las inmundicias van a parar a un pozo muerto o al estercolero y de allí a los campos; pero los rayos del sol purifican el suelo y la atmósfera y el aire, que circula libremente, se encarga de limpiar calles y plazas.

En cambio, y a consecuencia de no haber cuidado de la higiene las generaciones que precedieron a las actuales, muchas de las casas de pueblo y lugares reúnen pésimas condiciones de habitabilidad y pueden ser y son en muchas ocasiones, causa de que ciertas enfermedades produzcan estragos en ellas.

Conviene, pues, que al levantar de nueva planta un edificio rural se tengan en cuenta las exigencias de la higiene, y se empiece por hacer que la casa esté bien orientada, condición precisa para que sea sana. El local debe repartirse de modo que todas las piezas destinadas a ser habitadas reciban los rayos solares durante el mayor espacio de tiempo posible y que ninguna de ellas tenga únicamente aberturas al Norte. Si la casa tiene cuatro fachadas con aberturas se deberá lograr que los cuartos habitados miren a Oriente, Poniente y Mediodía, y que en la fachada Norte recaigan las ventanas de escaleras, corredores, cuartos de reserva, etc.

Para que la aireación sea fácil y para que las habitaciones puedan ser aireadas cuando convenga, es necesario que la casa tenga dos fachadas cuando menos y opuestas si es posible, ambas provistas de aberturas de modo que una

corriente de aire pueda atravesar la casa. Se debe pensar también, cuando se edifica, en que otras casas pueden levantarse junto a la propia y disponer ésta de manera que aquellas no puedan interceptarle el sol ni la ventilación. Conviene, asimismo, estudiar la pendiente del terreno y edificar la casa de modo que las aguas no puedan correr hacia ella.

Los materiales de construcción se procurará que no sean permeables y que tengan suficiente resistencia. Los adobes y la tapia no dan, a la larga, buen resultado. El solado debe tener la menor cantidad posible de pinturas a fin de que entre ellas no queden impurezas, y en aquellas comarcas donde el frío aconseja el empleo de suelos de madera, ésta debe ser dura y poco porosa.

La mejor pintura para las paredes consiste en una o varias capas de cal, que resulta barata y antiséptica y puede renovarse fácilmente. Procure el constructor de la casa que las puertas y ventanas sean grandes y numerosas.

En invierno y en los días de lluvia la cocina puede servir de comedor, pero jamás de dormitorio y debe ser suficientemente amplia para que, cuando el mal tiempo obliga a cerrar las puertas y ventanas tengan los que se abrigan en ella bastante aire para sus pulmones. Es necesario que la ventilación de la cocina esté bien asegurada, a fin de evitar que el humo y los olores invadan el resto de la casa.

Por lo que hace a las habitaciones para dormir se las debe situar en aquellos puntos donde dé muchas horas el sol y que no sea en la planta baja sino en los pisos superiores. Deben tener, por lo menos, de 15 a 20 metros cúbicos de aire por persona. La higiene aconseja que se abandone la construcción de alcobas, pues en ellas, de no estar muy bien aireadas, se respira siempre una atmósfera impura. Todas las habitaciones que sirvan para dormir deben estar provistas de chimenea o de cualquier otro sistema de aeración continua.

Conviene que hasta las piezas que no han de servir de habitación estén aireadas porque así se evita que en ellas se acumulen el polvo y los microorganismos. Si se construye un dormitorio común para los gañanes, cúidese de que sea amplio y bien aireado, pues de lo contrario pierden salud y vigor los obreros.



Nuestros difuntos

Pelearon como buenos por la Causa redentora
tremolando la Bandera de gloriosas tradiciones,
y del mal, sublime dique, sus cristianos corazones
de la muerte sucumbieron a la fuerza abrumadora.

Con sentido, ardiente llanto, su recuerdo conmemora
desde el Rey al más humilde de sus bravos campeones
y pidiendo por sus almas fervorosas oraciones
con tañidos funerales la campana triste llora.

Reposad en vuestras tumbas esperando el fausto día
en que triunfe el santo lema del derecho y la hidalguía
valerosos defensores de la cruz del redentor:

que con férvida energía vuestro espíritu revive
en la pléyade entusiasta que a la lucha se apercibe
por su Dios y por su Patria, por su Rey y por su honor.

Pilar de Cavia



De mi álbum

I

—Azucena alabastrina,
¿quién tus hojas marchitó
flor hermosa, flor divina?...
—¡El huracán que pasó!...

II

—Avecilla cantadora,
¿dónde tus alas están?...
—¡Con su garra destructora
me las rasgó un gavilán!...

III

—Dime, niña, tu hermosura
¿quién tan pronto te robó?
—¡Un infame de alma impura
mi belleza marchitó!...

IV

—¿Me dirás, humilde fuente,
quién enturbió tu cristal?...
—¡Al bañarse en mi corriente,
manchóme un sucio animal!...

V

—¡Desgraciada la hermosura!
¡Pobre pájaro cantor!
¡Pobre fuente de agua pura!
¡Pobre niña! ¡Pobre flor!

* * *

No sé dónde, ni sé cuando,
el oro al acero hablaba:
«No te aproximes a mí,
que fiero a los hombres matas;
quita, quita, que con sangre
de tus víctimas me manchas...»
«No te ensalces tanto, amigo
que tú a fiereza me ganas;
si yo doy muerte a los cuerpos,
tú infame, matas las almas».

* * *

A una robusta y floreciente encina
abrazaba la yedra;
mas vino un temporal y el fuerte viento
la separó, sin compasión de ella.
La pobre trepadora, sin apoyo,
cayó marchita a tierra.
Se secaron del árbol las raíces...
Después... toda la encina quedó seca...
Al separarse de los seres, que aman,
¡hasta mueren los árboles de pena!...

Miguel Rodríguez Seisdedos

NUESTROS HÉROES Y



Excm. Sr. D. Rafael Tristany

General Carlista

y dos jefes agregados a su Cuartel Divisionario

Todos los sabios han reconocido en la sangre vertida una voz que, o como la de Jesús, aplaca; o como la de Abel, pide venganza. La de nuestros mártires aplaca, sí, pide perdón por los matadores; pide misericordia para los enemigos del altar de Cristo y de la patria de los Concilios... pero también pide venganza; venganza española, justicia catalana, enérgica, cumplida para aquellos que mancillaron nuestra fe eterna e hirieron con saña el corazón augusto de nuestra patria.

NUESTROS MUERTOS

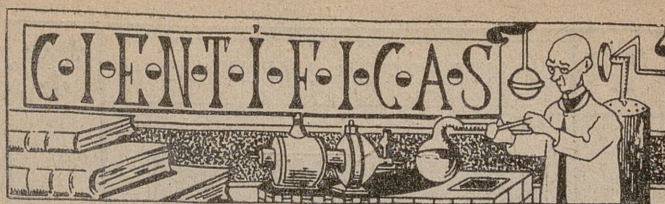


Excm. Sr. D. Eusebio Rodríguez Román

Último Comandante General de los carlistas guipuzcoanos

*
* * *

Son nuestros mártires, no solo los que dieron su sangre en la batalla, sino también los innumerables expatriados que vivieron y murieron en trabajos, arrastrando penalidades atroces en suelo extranjero por no reconocer lo que habían combatido. Aprendemos los jaimistas de hoy a sobrellevar gallardamente las mortificaciones constantes y algo así como martirio moral, que nos impone el afiliarnos a esa bandera tres veces santa para nosotros, y mil veces odiada por los liberales de todas las escuelas



Ciencia para todos

(Continuación)

—¿Por qué el rocío se fija en la superficie superior de las hojas?

Porque la inferior recibe el calor radiado por la tierra.

—¿Por qué las tierras cultivadas están más expuestas a grandes rocíos que las incultas?

Porque el cultivo, rompiendo la superficie dura de la tierra, aumenta su fuerza radiadora.

—¿Por qué los caminos enarenados de un prado están comparativamente secos mientras que la yerba está empapada de rocío?

Porque el cascajo es un mal radiador mientras que la yerba es un radiador excelente.

—¿Qué beneficio resulta de esta disposición?

En las tierras cultivadas, que requieren humedad, esta necesidad llama el rocío mientras que en los terrenos pedregosos y áridos en los cuales no produciría ningún bien no se forma rocío.

—¿Por qué se forma poco rocío en la base de los setos y muros, y al rededor del tronco de los árboles?

Porque estos cuerpos, hasta cierto punto, contrarían la radiación del calor de la tierra, radiando el calor de su propia sustancia,

—¿Por qué los grandes rocíos y neblinas ocurren comúnmente en una misma mañana?

Porque ambas cosas proceden de la *humedad de la atmósfera*. La temperatura de la tierra, habiendo declinado, permite que se deposite el rocío; pero al mismo tiempo la condensación del vapor en el aire *ha formado una corteza sobre*

la superficie de la tierra que ha cortado la radiación del calor, y por consiguiente la formación del rocío. El sol se levanta sobre una atmósfera cargada de un vapor visible sobre la superficie de la tierra, y como sus primeros rayos oblicuos tienen poca fuerza para calentar la atmósfera, la niebla continúa siendo visible por algún tiempo.

—¿Qué efecto ejercen los vientos sobre la formación del rocío?

Generalmente cuando son rápidos, evitan su formación. Pero los vientos que son húmedos y contribuyen a la formación de las nubes ayudan indirectamente a la formación del rocío con la de las nubes, y también con la humedad que comunican al aire.

—¿Por qué la humedad de la atmósfera forma unas veces nubes y otras nieblas, neblinas, rocío, etc.?

Este resultado depende de la variación de la temperatura, del movimiento y de la dirección de la atmósfera.

Una atmósfera ligeramente calentada, de algunos días de duración, eleva los vapores a la región donde se convierten en nubes.

Un aire frío, sobre la superficie de la tierra caliente, produce neblinas o nieblas.

Una tierra fría, obrando sobre los vapores contenidos en una atmósfera mas caliente, los condensa convirtiéndolos en rocío.

—¿Por qué las mañanas de helada son casi siempre despejadas?

Porque en la fría atmósfera que procede a la helada hay muy pocas evaporaciones, y cuando la helada se ha verificado, los vapores que existían se han helado bajo la forma de escarcha.

—¿Por qué las noches despejadas son comunmente frias?

Porque no existiendo la «pantalla» formada por las nubes se escapa el calor de la tierra mientras que los vapores del aire son separados de él por condensación para convertirse en rocío; esto es lo que dá una gran claridad a las noches.



RECREATIVAS

El juez y el diablo

(CUENTO ALEMÁN)

En cierta población de Alemania vivía un hombre llamado Schwarz, poseedor de muchos cofres repletos de oro, plata y piedras preciosas; pero era tan malo que la gente se admiraba de que sobre él no hubiera ya caído el castigo del cielo, abriéndose la tierra para tragarlo. Este hombre ejercía las funciones de juez, mas deshonraba tan noble cargo cometiendo toda clase de iniquidades e injusticias.

Una mañana salió de su casa para echar un vistazo a unas viñas que poseía, y en el camino se encontró con un caballero muy bien vestido, al cual saludó políticamente, por parecerle que lo merecía por el traje y preguntóle luego que quién era y de donde venía.

—Mejor sería—contestóle el elegante desconocido—que no contestara a vuestras preguntas.

—¿Cómo que nó?—dijo el juez irguiéndose con orgullo.—Yo quiero que respondáis, y es necesario que os determinéis a hacerlo. Soy todopoderoso y nadie se atreve a resistirme. Puedo al instante, si se me antoja, reducirlos a prisión e imponeros un castigo...

—Si es así—repuso con sonrisa mefistofélica el desconocido—cedo a vuestra autoridad. ¿Me preguntáis quien soy y de donde vengo? Pues bien, sabedlo. Soy el diablo y vengo del infierno.

—¡Hum!—dijo el juez. ¿Qué vienes a hacer aquí?

—Hoy es día de mercado en vuestra ciudad, y vengo a tomar lo que seriamente y de todo corazón me den.

—Bueno—contestó el juez—; haz tu negocio, no tengo ningún deseo de impedírtelo. Pero quiero acompañarte para ver lo que te dan.

—Mejor sería que no asistiéseis a este espectáculo.

—Quiero ver cómo tomas lo que te dan. Lo quiero, aunque me cueste la vida.

—¡Pues bien, vamos!

*
*
*

Los dos se dirigieron a la plaza del mercado, donde había mucha gente que compraba y vendía.

Todos se inclinaban humildemente ante el temido juez y su compañero.

Shwarz se hizo traer dos vasos de vino y presentó uno al diablo, diciéndole:

—Toma, te lo doy.

El diablo rehusó, sabiendo que no se lo daba de corazón.

Cerca de ellos pasó una labradora conduciendo una vaca, la cual, tirando del cordel, corría a derecha e izquierda y viceversa, y fatigaba de tal manera a la pobre mujer, que ésta, en un acceso de cólera, exclamó:

—¡Pícaro animal, que el diablo te lleve!

—¿Oyes?—dijo el juez a su infernal compañero.—Toma esa vaca, es tuya.

—No—dijo el diablo—no ha sido dada seriamente ni de corazón. Si la tomase, esa mujer lo sentiría por mucho tiempo.

Un poco más lejos, una madre reprendía a su hijo, y viéndole rebelde a la lección, exclamó con acento irritado:

—¡Que el diablo te lleve!

—Este—dijo el juez—es un niño que te lo dan. Tómalo.

—No—respondió el diablo,—no me lo dan seriamente ni de corazón. Si lo tomara, esa desgraciada madre no cesaría de llorar mientras viviese.

Shwarz y su acompañante continuaron caminando en medio de la multitud. Encontraron a dos obreros que disputaban con furor. Uno de ellos, después de haber colmado de injurias a su antagonista, le dijo.

—¡Lo único que deseo es que el diablo te lleve!

—Toma ese robusto mozo—dijo el juez.—Ya ves como te lo da.

—¡Ay!—contestó el diablo.—El que parece dármele lo estima mucho. En este momento la cólera y la embriaguez lo ciegan. Si llegara a perderlo tendría un profundo pesar.

Vieron entonces acercarse a ellos una pobre anciana, cuyos vestidos anunciaban la pobreza, y cuya cara pálida y flaca era muestra inequívoca del hambre que sentía y de las penas que la torturaban.

Detúvose ante el juez y le dijo:

—¡Ojalá te vengan todas las desgracias! Tú eres rico, yo soy pobre y me has quitado la única vaca que tenía y que era mi último recurso. No te había hecho ningún mal y me has reducido sin piedad a la más espantosa miseria. Invoco justicia del cielo. ¡Le pido que el diablo te lleve en cuerpo y alma a los infiernos!

—¡Ah!—dijo el diablo dirigiéndose al juez.—Esta vez se ha hablado con toda seriedad, se ha manifestado un deseo que parte del corazón. Tomo lo que con tan buena voluntad se me ha dado.

Y el diablo, al pronunciar estas palabras, clavó sus garras en el pescuezo del juez y desapareció con su presa.

FLORIS FLORIS
NUESTROS HÉROES Y
FLORIS FLORIS



Excmo. Sr. Marqués de Mendigorria
Comandante General de la División Expedicionaria a Italia

ORACIÓN

Vosotros, oh mártires, que supisteis dar por Dios, por la Patria y por el Rey vuestra sangre y vuestra vida, rogad a Dios por aquellos de nuestros hermanos, que hoy no saben o no pueden o no quieren ahogar en su corazón los gérmenes de la rebeldía y de la indisciplina.

NUESTROS MUERTOS



Sr. D. Fernando de Oráa y de Cologan

Ayudante de órdenes del General Berriz

ORACIÓN

Yo os ruego, desde el fondo de mi alma, oh mártires de la santa Causa, que todas las ambiciones de los nuestros las troqueis en humildad; el odio feroz en amor santo; el orgullo en beatífica mansedumbre, y los deseos de venganza en anhelos vehementes de abrazarse como hermanos amorosos y cristianos.



Los Obispos contra el tango

En esta invasión pacífica del tango, todo parecía augurar éxito completo. Donde quiera se introducía el tango salían a su defensa tres poderosas entidades, que en lenguaje cristiano se llaman mundo, demonio y carne. Y el tango, claro está, acababa siempre por triunfar.

Pero súbitamente apareció un obstáculo...

La Iglesia, por boca de los Obispos, condenó ese indecentísimo baile, prohibiendo a los fieles acudir a él.

El tango fué prohibido en Italia por muchos Prelados; en Francia lo prohibió, para su diócesis de París, el Cardenal Amette, y casi inmediatamente lo prohibieron también para sus diócesis Mons. Geraud, Arzobispo de Vannes; monseñor Dubois, Arzobispo de Bourges; Mons. Rumeau, Obispo de Angers, y el de la Rochelle y casi todos los Prelados de Francia.

Y algunos descreídos dijeron: es lo único que faltaba para hacer la propaganda del tango: ahora que está prohibido por los Obispos, serán muchos más los que quieran bailarle.



Por que las mujeres hablan más que los hombres

Un médico eminente ha publicado un artículo en *New York American* explicando el por qué las mujeres hablan más que los hombres.

Dice que es sencillamente porque se fatigan hablando menos que las personas del otro sexo.

El timbre de su voz es más agudo.

Se sabe ya que los bajos gastan más energía física al cantar que los barítonos, y lo mismo pasa a éstos con relación a los tenores.

Pero hay también otra causa de origen puramente anatómico.

La superficie pulmonar de la mujer es comparativamente más grande que la del hombre, y los canales que la comunican con el exterior, la tráquea-arteria y la laringe son, al contrario, mucho más pequeños.

De suerte que sucede lo mismo que cuando es vertido un líquido.

La velocidad del derrame es proporcional a la anchura del cuello de la botella.

Hablando el hombre agota de un golpe toda su energía vocal.

La mujer la va gastando poco a poco.

Y habla así mucho más tiempo, sin cansarse.



¿Falta o error?

El P. Monsabré se preparaba en la sacristía para decir la Misa, cuando acercándosele una señora le dijo:

—Dispéñeme, Padre, que venga en este momento a pedir un consejo. Desearía comulgar hoy, pero temía haber cometido esta mañana una falta... Al mirarme al espejo me he encontrado bonita...

—Id en paz, hija mía; eso no es falta, es un error—contestó con la mayor naturalidad el elocuente dominico.



ANECDOTA

La mamá:

—Este año no has querido, hijo mío, darme el gusto de ganar el primer premio.

—No, mamá; este año he querido que tuviese ese gusto la mamá de otro niño.

OBRA NUEVA

Florangel

por

M. Augustus Graven

Novela que ha sido traducida en todos los idiomas y que se recomienda por la moralidad de su argumento, su trama interesantísima y por sus cuadros por demás emocionantes.

Consta de cerca 400 páginas

VÉNDENSE EN NUESTRA ADMINISTRACIÓN

Precio: 2'50 ptas.

Establecimiento tipográfico de Nicolás Poncell

zaremos una cabalgata y nos dirigiremos al Santuario de la Antigua, en donde la señorita de Queralt cumplirá su voto, interín que ahora despacharemos un correo para participar a los señores de Queralt que tenemos por prisionera a su hija, y si quieren rescatarla es preciso que vengan por ella.

—Y yo, dijo Anibal, haré guardar los caminos por los míos para que los padres de esta señorita no sean robados por la partida de Barrabás y Charrocas.

—Los cuales valen poco menos que vuestros segundos Bembo de Conto, vuestro portugués, y Ascanio de l'Acquaviva, el napolitano, que son capaces de robar los cuernos de la luna, dijo el señor Malvehí.

—Y yo soy capaz de hacerles colgar del árbol más alto del señorío, dijo acalorado el joven italiano.

Una mirada de Olalla de Roquer le detuvo, y si bien se había levantado, volvió a sentarse diciendo:

—Perdón, señores.

Y mirando a la joven de Roquer, le dijo con los ojos:

—Para tí este sacrificio.

La cena tocó a su fin, y la dueña doña Guiomar vino a ofrecer sus servicios a su joven señora, llevando en la mano un velón de plata.

Antigua dió la señal de levantarse de la mesa.

—Señores, dijo la joven heredera, no nos acordábamos de que mi señor tío y nuestra noble huéspededa deben estar fatigados, lo cual equivale a decir que es preciso retirarnos.

Entonces se presentaron criados para acompa-

ñar a los caballeros precediéndoles con velones de plata.

El joven francés se dirigió a su futura esposa y le dijo:

—Mademoiselle, cuando vine a España con el mandato del Cardenal-Ministro para ser vuestro esposo, la fama había traído a Francia el esplendor de vuestra nobleza y la bondad de vuestras virtudes. Además, todos os admiraban como una de las primeras bellezas. La fama no dijo todo lo que merecis; se quedó muy corta. Si supiera expresarme en español como en francés, os diría la impresión que me ha causado vuestra belleza. Sólo os diré que cumpliré con gusto las órdenes del Cardenal.

—Caballero, dijo Antigua, me habían dicho que Francia era la patria de la cortesía. A no haberlo oído otras veces, vos me lo haríais creer. Mi tío me destinó por esposa vuestra y seré feliz en obedecerle.

Los dos futuros esposos se hicieron una cortesía, y después de dadas las buenas noches las damas se retiraron primero.

Gastón de Lorenzay encontró bella, bellísima a su futura esposa; pero sintió que su corazón palpita al saludar a la joven de Queralt, cuyos ojos hermosísimos parecían alumbrar.

Gastón de Lorenzay se retiró a su cámara, en donde un mullido lecho le aguardaba.

Un criado de la cuadra le ayudó a desnudarse, y luego se retiró.

El joven no pudo de pronto conciliar el sueño. Sus ideas brillaron y una sonrisa que se dibujaba en sus labios levantaba los extremos de su rubio bigote.

—Es más bella mi prometida que la duquesa de Chevreuse, Ninón de Lenclos y Marión de Lorme; pero la forastera, la que ha venido esta noche, tiene los ojos negros tan bellos que parecen imposibles a uno si no los viera.

Las ideas del joven empezaron a perderse y un dulce sueño se apoderó de él.

El joven soñó que estaba en la corte de Francia y que se celebraba la boda, a la cual asistían el Rey Luis XIII, su esposa Ana de Austria y el Cardenal de Richelieu.

Soñó que había un baile y que la primera zarabanda la bailaba con su esposa Antigua de Malvehí; pero su sorpresa no tuvo límites al ver que cuando dirigió la mirada a su nueva compañera se encontró con los bellísimos ojos de Madrona de Queralt.

LAS BUENAS ALMAS

Amanecía un día de invierno y la escarcha plateaba las hierbas y las ramas de los árboles que rodeaban la hermita de Nuestra Señora la Antigua.

Nada más bello que aquel paisaje en el cual una alfombra de verdura, a pesar de ser crudo el invierno, servía de base al edificio bizantino que mandara levantar la piedad de Antich de Malvehí, el primer fundador del santuario. Las paredes grises del templo elevábanse sobre la verde alfombra, y su piedra, carcomida por la más remota antigüedad, ostentaba los bajos relieves de su portada, medio borrados por la intemperie, pero cuyos vestigios representaban esos monstruos fantásticos que se ven en los capiteles de las columnas de los claustros de San Cugat del Vallés y de otros edificios por el estilo, si bien eran muy toscos por contar más larga fecha.

La puerta de la hermita no se había abierto aún, y junto a ella estaban dos hombres envueltos con sus mantas coloradas y cubiertas sus cabezas con la tradicional barretina catalana.

Sin las armas que llevaban podía tomárseles por

labradores; pero unos arcabuces de anchas bocas, que ambos empuñaban, y un puñal que asomaba entre los pliegues de sus coloradas fajas, daban a comprender que no eran gente tan pacífica. Si no formaban parte de alguna partida de rebeldes que se iba secretamente organizando, serían individuos de las cuadrillas de los Margarits o restos de los veteranos de Serrallonga.

Uno de ellos, que tenía más edad, aparentaba unos cuarenta años, era alto y robusto, tostado por el sol; los cabellos algo largos, que se escapaban de su gorro colorado, eran negros y sin lustre alguno. No tenía mala figura y podía servir de modelo para una estatua de Hércules o de Sansón. Tampoco desagradaba su fisonomía, pero tenía los ojos atravesados y daban a su cara un aspecto de falsedad.

Vestía una especie de burriel y sus piernas iban cubiertas de cuero sin pulir, calzando sus pies lije-ras alpargatas.

El otro era más joven; parecía apenas llegar a los treinta años. Sin ser tan alto era más delgado y ligero como un gamo.

Sus cabellos tiraban a rubios; se conocía que en su tiempo había sido un guapo mozo, pero las viruelas imprimieron en su rostro un sello indeleble que daba a su piel el aspecto de un cordobán taladrado.

El sol no le había dado los colores de la salud, pero sí un tinte verdoso que le hacía repugnante.

Sus ojos, verdes también, como los gatos, eran, como los de éstos, fosforescentes.

En una palabra, nuestro héroe de todo tenía cara menos de hombre de bien.

Llevaba una zamarra de piel de cordero negro y calzas de velludo, cubriendo sus piernas polainas de piel sin curtir.

No era pastor, como podría creerse, pues llevaba alpargatas en vez de zuecos y arcabuz en lugar de cayado.

Los dos se arrimaron a ambos lados de la puerta de la hermita como dos estátuas parecidas a las que, uno de tantos caprichos de la Edad media, colocaba a veces junto a sus monumentos, y que si con frecuencia representaban Santos, no dejaba de haberlas simbolizando el maligno espíritu.

En la puerta de la hermita una llave rechinó en la cerradura, giró la madera sobre sus goznes, que chillaron, y apareció un hermitaño vestido con hábito pardo y ceñida cuerda.

Al poco rato la campana, que permanecía antes inmóvil en su aspeado campanario, dió tres veces el pausado toque del Ave-María, saludando con él al día que empezaba.

Entonces, cosa rara, aquel par de figuras de mala calaña se hincaron de rodillas, rezaron el Ave-María y besaron un escapulario de Nuestra Señora del Carmen que asomaba debajo de sus zamarras.

El hermitaño volvió a salir y vió a aquellos que tanto habían madrugado. Les dió los buenos días, pero pareció que no encontraba ningún atractivo en semejante compañía.

El hermitaño era un hombre alto y robusto, teniendo más trazas de guerrero que de fraile; si bien llevaba la barba como los capuchinos y un hábito parecido, su cabeza desnuda no tenía cerquillo. La naturaleza la despojó de sus cabellos desde la frente

hasta la mitad de la cabeza, en la cual su cabellera era espesa y gris como su barba, sumamente poblada.

Correctas facciones tenía el hermitaño y en sus ojos grandes y bellos brillaba el resto de un fuego que la religión y las austeridades tenían tal vez a raya.

Al verle, cualquiera hubiera dicho:

—Este hombre es una historia.

Al oírle, al observar sus maneras se transparentaba en el actual penitente un antiguo caballero.

Hemos indicado que el hermitaño miró con disgusto a los dos buenas piezas, los cuales le saludaron con muestras de respeto.

—¿Qué aguardáis aquí tan de mañana?—dijo el hermitaño.

—Veníamos a daros noticias, hermano José, dijo el de más edad.

—¿Has velado esta noche, Barrabás?—insistió el hermano. No habrá faltado, pues, quien la pase mal.

—No en mi ánima, dijo el que tal vez tenía otro nombre de pila, pero que por el de guerra se llamaba Barrabás. Ya sabeis, añadió, que nos está vedado el sorprender a los viajeros que van a la cuadra de Malvehí, lo cual nos ha impedido hacer ayer un buen negocio, que hubiéramos llevado a cabo con más gusto, tratándose de la familia del Lugarteniente. ¡Por vida mía que ya le ha valido a la dama la orden del señor de Malvehí! pues sin ella, a pesar de los mosqueteros que la acompañaban, a los cuales Chafarrocas y yo hubiéramos tumbado de un arcabuzazo, habríamos recogido un rico bo-

tín. No hay duda que la bella Madrona de Queralt no salió de casa como una perdiósera, y por los espías que teníamos en Barcelona supimos que la joven dama se dirigía aquí, y la boca se nos hacía agua cuando en medio de la noche oíamos las campanillas y cascabeles de plata de su hermosa mula, la cual por sí sola valdrá más de doce doblones de oro. ¡Soberbio animal, por vida mía! Pasando la frontera se vendería como pan bendito en el mercado de Narbona, o en el de Carcasona.

—Esto sin contar los caballos de los mosqueteros y la mula de la dueña, que el gitano Malacara, uno de los nuestros, los transformaría de modo que no les conociera la madre que los parió—añadió Chafarrocas—y vendería en Gerona o Tarragona sacando de ellos un verdadero tesoro. Y además las alhajas de la dama y los cuartos de la dueña. El nuestro ha sido un verdadero sacrificio, que no hubiera hecho el hato de gandules que hay en la cuadra y que mandá ese lindo italiano Anibal Bertucci, los cuales, empezando por Bembo de Conto y concluyendo por Ascanio de l'Acquaviva, son capaces de robar el anillo al mismo Papa.

—¿Y vosotros criticáis a los soldados del Rey, dijo con severidad el hermitaño, siendo como sois unos verdaderos racimos de horca?

—¡Vive Dios! dijo Barrabás: no sé cual es más ladrón. No creo que Serrallonga hiciese la mitad de lo que los soldados del Rey han hecho en Riudarenas, Santa Coloma de Farnés y Castelló de Ampurias, en donde robaron y saquearon las iglesias y además acuchillaron un Santo Cristo—añadió santiguándose devotamente—y sin contar las haza-

ñas hechas en Perpiñán, en donde fué milagro como no arrasaron la noble villa.

—Esto no puede continuar así, dijo Chafarrocas, y es preciso que el país se levante para arrojar de él a los castellanos, irlandeses, valones e italianos, que le tratan como a tierra de conquista.

—¿Y eres tú quien dice esto?, observó el hermano José. Lo que querriais vosotros sería que en Barcelona hubiese un alboroto como el promovido cuando se logró que soltasen a Tamarit, para ir allí y hacer de las vuestras. Si algún día se levanta Cataluña contra sus opresores, no serán los Margarits, ni Barrabás, ni Chafarrocas los que tomen parte en ello, pues a los buenos no les faltarán mosquetes para tener a raya a los bandidos.

—¡Ira de Dios! exclamó Barrabás; parece que nos insultais, hermano, y cuidado con ello, que podríais pasarlo mal a pesar de la protección que os dispensa don Arnaldo.

—Pues si éste me creyera, replicó el hermitaño, no rondaríais mucho tiempo por sus dominios; por otra parte, ya sabeis que serví en Italia y que no temo a las partidas de ladrones de Cataluña, habiéndomelas tenido tíasas con los Condottieri de Nápoles y sus lazaronis y camorristas. Pero, dejando esto, ¿por qué causa la noble Madrona de Queralt ha venido a la cuadra?

—He oído que venía a visitar a Nuestra Señora la Antigua, dijo Chafarrocas. Barrabás y yo estábamos boca abajo a la orilla del camino, mientras ellos pasaban por en medio, en términos que uno de los cascós de la mula pisó mi manta, y toda la conversación oímos. La dama decía a su dueña que iba

a cumplir un voto a la Virgen María, que había hecho para alcanzar la salud de su padre don Guillén.

—¿Es hija de don Guillén? preguntó palideciendo el hermitaño.

—Y la mejor moza de Barcelona, contestó Barrabás; como también una de las más ricas herederas. Uno de los nuestros está en su servicio para cuando convenga.

El hermitaño se volvió rojo de cólera y dijo:

—Si un día hay alboroto en Barcelona y sucede cosa alguna en la morada de don Guillén de Queralt, tú, Chafarrocas, Malacara y cuantos ladrones forman parte de vuestra banda sereis perseguidos como fieras y no habrá árbol en estos alrededores del cual no cuelgue un fruto humano.

—Pues bien, dijo Barrabás perdida la paciencia: si quereis terneros sujetos, hermano José, os digo que os engañais, y que el día que concluya mi bondad, vos y vuestra hermita ardereis, si bien que antes me llevaré las alhajas que hay en ella.

—¡Por vida del cielo! dijo montado en cólera el hermano José, que no te valdrá tu osadía.

Y cogiendo un nudoso palo iba a descargarlo sobre el bandido, cuando éste y Chafarrocas, esquivando el golpe, huyeron diciendo:

—Ya nos veremos más tarde, hermano José, y ajustaremos las cuentas.

Y desaparecieron por detrás de la hermita, metiéndose en los bosques del Vallés.

—Mi hábito me prohíbe el derramar sangre, reflexionó el hermano José, pero al oír los insultos de esta vil canalla me he salido de quicio. Me acordaba del tiempo pasado.

Entonces se arrodilló ante la imagen de Nuestra Señora la Antigua, y dándose golpes en el pecho hizo un verdadero acto de contrición, añadiendo:

—¡Perdón, Madre Santísima, no soy más que un infeliz pecador!

DOS ANTIGUOS CAMARADAS

Cuando el hermano José concluyó su oración oyó que se acercaba una cabalgadura, cuyas pisadas se distinguían cada vez más claramente, y pronto un jinete se apeó delante de la hermita, atando el caballo en el tronco de un árbol.

El jinete era el señor de Malvehí.

Don Arnaldo estaba descolorido y parecía que había pasado la noche en vela.

—Vengo a verte, dijo mirando a todos lados como si temiese ser visto. ¿Estamos solos?

—Solos, dijo el hermitaño; pero salgamos del templo y ven a mi celda.

La celda del hermano José era un pequeño edificio junto a la hermita, el cual no tenía más que planta baja y una ventana con reja. En su interior se veían paredes desnudas y blanqueadas, una pintura representando a la Virgen María con su Hijo muerto en los brazos: era una de esas pinturas negras de la escuela española de aquella época, pero realista en demasía, como lo son algunas. Colgaba de la pared, encima de una mesa que estaba allí arrimada. Sobre esta mesa se veía un libro de ora-

ciones, un cráneo y un reloj de arena, una cama de anacoreta y dos sillas de madera, toscas, formaban todo el mueblaje de la celda, sin contar una alacena en la cual se veían dos platos de barro, un pequeño puchero y un jarro o cantarillo.

Situado el santuario en la vertiente de la montaña por la parte del Vallés, rodeaban la celda copudos pinos siempre verdes que enrarecían la luz del día.

Esta claridad misteriosa convidaba a la meditación y al rezo.

El hermano José presentó a don Arnaldo una de las toscas sillas, interín que él se sentó en otra, y con rara familiaridad preguntó al señor de Malvehí:

—¿Qué quieres?

—Un consejo, dijo don Arnaldo con cierto terror; pero antes debo exponerte lo que sucede.

—Lo sé, contestó el hermitaño; tienes en tu casa a la joven Madrona de Queralt, la hija de Leonoreta.

El señor de Malvehí se volvió lívido al oír este nombre y dijo con angustia:

—¡Calla por piedad!

—Pues ¿por qué pides consejo?, dijo friamente el hermano José.

—Oye, Lorenzo, repuso don Arnaldo. Tú no sabes que no es sola la hija de Leonoreta la que está en casa, sino que vendrá su padre cuanto antes y, lo que es más, su madre.

—¡Ella en tu casa! exclamó admirado el hermitaño. ¿Has perdido el juicio?

—No la he invitado yo; fué Antigua, mi sobrina, contestó agitado don Arnaldo, y añadió suspirando: Tú ya sabes que la vista de semejante mujer, des-

pués de tantos años que no nos hemos encontrado en parte alguna, no puede serme grata.

—¿Y es verdad lo que dices, don Arnaldo? ¿No desconfías de tí?

—Estoy seguro de mí mismo, Lorenzo, contestó el señor de Malvehí; tal vez más que tú mismo, y te prevengo, añadió, que te pongas en guardia, porque hoy vendrá la hija de Leonoreta, la cual, sea dicho de paso, no se le parece sino en la belleza; pero más tarde vendrá su madre aquí, a orar ante la imagen de Nuestra Señora la Antigua.

—¿Crees que no será una profanación, preguntó el hermitaño, que semejante mujer ponga su planta en este Santuario? ¿No valdría más que no la invitases a venir aquí, para tu tranquilidad y la mía?

—No, Lorenzo, dijo con tristeza don Arnaldo; no puedo retroceder. Las circunstancias, como siempre me han arrastrado esta vez. En mala hora vino esa joven de Queralt a guarecerse en mi casa, pues sin ella hubiera descendido al sepulcro sin volver a ver a Eleonora de Orsini, porque nunca deseé poco ni mucho encontrarla. Cuando supe que la dama que se hospeda en la cuadra se llamaba de Queralt, me quedé frío, y más cuando ella misma me dijo, primero con su cara que se parece a la de su madre, y después con su palabra, que era hija de Leonora.

—Leonoreta, dijo tristemente Lorenzo, ha sido funesta para tí y para mí. Nuestros corazones muertos, nuestra vida amargada para siempre, son obra de esta mujer de cara de ángel y corazón de Satanás, cuyo recuerdo a veces me atormenta más de lo que yo deseara. Pero, dejando esto, ¿es verdad

que quieres casar a tu sobrina Antigua con un joven francés?

—¿Y qué hay en ello de particular? contestó turbado el señor de Malvehí.

—Mucho, contestó con firmeza el hermitaño; y añadió: También veo que permites que Anibal Bertucci, a quien consideras como enemigo, galantee a Olalla, y comprendo tu política, don Arnaldo. Tu quieres tener dos cuerdas en un arco. Piensas que en Cataluña se aguarda, cuanto antes, un cambio y que interín Olalla te sirve para cerrar los ojos al vigilante que te ha puesto el Lugarteniente, tratas, por medio del francés, con el que crees que será el señor de Cataluña, con el Cardenal de Richelieu, ministro de Luis XIII.

—¡Silencio! dijo con terror don Arnaldo.

—¿Y vendes tu patria al extranjero? replicó con firmeza el hermitaño.

Don Arnaldo le miró anonadado y dijo al fin:

—¡Es preciso! Esto no puede continuar. Tú ya sabes que Felipe IV trata a Cataluña peor que si fuese país de moros. Tú ya sabes la ojeriza que nos tiene su ministro el Conde-Duque, el cual ha mandado ocupar el país por estas huestes venidas del Rosellón, en donde se han portado como verdaderos bárbaros, hasta el punto de arcabucear a un religioso con el Santísimo Sacramento en las manos, y que en Santa Coloma de Farnés, en Riudarenas y en Castellón de Ampurias han cometido atrocidades y sacrilegios capaces de levantar no tan solo al país, sino la nación entera, y pronto el grito de guerra: *¡Via fora y carn, carn!* resonará primero en la ciudad y después por todo el Princi-

pado, Rosellón y Cerdaña. El país está cansado, y la patria de los que arrojaron a los moros, la patria de los vencedores de Salces no sufrirá más el yugo de un Rey débil y de un Ministro obcecado que quiere arruinar el país, que por decreto autoriza a la soldadesca ladrona y sacrílega para que nos robe lo que bien le parezca.

—Pero esto no autoriza a que se entregue el país al extranjero, contestó el hermitaño.

—¿Y qué camino queda? dijo don Arnaldo. Entre el Conde-Duque y un sabio como su Eminencia Monseñor Armando Duplesis, Cardenal de Richelieu, no es dudosa la elección.

El hermitaño se sonrió.

—Hace tiempo que te conozco, don Arnaldo. Eramos niños, ¿te acuerdas? Tu carácter entonces me asustaba. Veía lo que sucede. Don Falaor allá en Italia disculpó tus fechorías de joven, pues Leonoreta no te conoce con otro nombre, y hoy el caballero austero que viste hábito y que ha hecho voto de castidad, oculta al hombre ambicioso de gloria que, para elevarse del nivel de los demás, venderá a su sobrina, a una desdichada huérfana y a su patria. Para tí todo son instrumentos y de todo sacas partido. Todos te creen un santo porque te ven con los ojos bajos y de una conducta al parecer sin tacha. Nada se te puede echar en cara. Todos admiran tu virtud, menos yo, don Arnaldo; y te prevengo que si un día logras tus fines a costa de desgracias, y si en ellas envuelves a Olalla de Roquer, caerá tu máscara, y aunque me cueste la vida sabrá el mundo entero que el austero, el virtuoso, el santo don Arnaldo de Malvehí, allá en Bolonia...

OBRA NUEVA

dedicada al republicano Nakens



Libro de 128 páginas

con cubiertas en colores

Véndese en todas las librerías de España